EUGENIO SELLÉS

LAS VENGADORAS

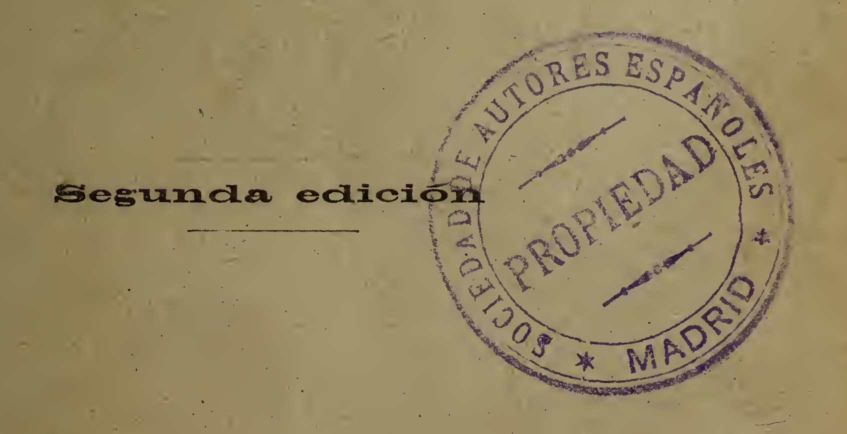
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

REFUNDIDA POR SU AUTOR

CON UN PRÓLOGO POR EL MISMO

y un Apéndice con la obra primitiva

Segunda edición



MADRID
ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMATICA
CEDACEROS, 4

A la eminente artista Carmen Cobeña, testimonio de cariño y admiración de su verdadero amigo

LAS VENGADORAS

E. Sellés

LAS
VENGADORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUGENIO SELLÉS

REFUNDIDA POR SU AUTOR

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Princesa
el dia 20 de Abril de 1892.

MADRID
IMPRENTA COLONIAL, Á CARGO DE G. GUTIÉRREZ
Glorieta de Atocha, 8

1892

PRÓLOGO

La exhumación—porque se trata de un muerto teatral—de *Las Vengadoras,* no es reincidencia ni contumacia mía, ni siquiera apelación del fallo público de 1884 para ante el público de 1892. Al contrario, es homenaje tributado á la opinión y á la crítica de entonces. Porque al presentar la misma comedia refundida confieso de plano la justicia de aquel fallo, y, reformándola, reconozco que lo que había que suplir y enmendar no estaba en la sentencia sino en el proceso. Basta esta alegación de hechos para salvar intenciones propias y atajar malicias ajenas que pudieran ponerme tacha de soberbia.

Aunque con pronunciamientos corteses, puesto que la comedia alcanzó nueve representaciones, y entre los críticos hubo votos particulares, la opinión y la crítica condenaron la obra á perpétuo silencio. De él no hubiera salido, ni por mi instancia se abriera juicio de revisión, si no trajese ahora nuevos elementos de mi parte, y si de la suya el público, por adelantos del tiempo, modificación de costumbres, y ciencia y experiencia del teatro extranjero, no hubiera reformado su ley de enjuiciamiento teatral con espíritu de mayor tolerancia, y atenuado su código, rebajando

antiguos delitos á la categoría de faltas, y antiguas faltas á casos de absolución y de irresponsabilidad.

La presente refundición no está trabajada por mí solo, sino en colaboración. A ella han concurrido de un lado el público, de otro la crítica que anduvieron disconformes en ciertos puntos, y de otro mis observaciones y gustos propios, que tampoco anduvieron siempre de acuerdo con el público ni con la crítica.

Díjose de *Las Vengadoras* que eran malas artísticamente, y que eran malas moralmente. En que sean malas como obra de arte, convengo; por eso la reformo. En que sean malas como obra de moral, disiento; por eso la mantengo.

La enseñanza en el arte puede ir por dos caminos, separados en su principio, convergentes en su término. Los que toman por la derecha van oyendo alabanzas de la virtud, contemplando alturas del deber, bellezas de la honradez; los que toman por la izquierda van oyendo imprecaciones del vicio, contemplando destrozos de la corrupción, bajezas de la podredumbre. Al cabo de la jornada llegan, los primeros amando la virtud, los segundos aborreciendo el vicio; vértice común en que siempre resulta aborrecido el vicio por amor de la virtud ó amada la virtud por horror del vicio.

El arte viejo adoptaba el procedimiento afirmativo; el nuevo, la fotografía, el procedimiento negativo. En éste aparecen invertidas las figuras y cambiadas las luces: las carnes negras y los contornos claros.

Extráigase la placa de la cámara obscura; míresela como debe ser mirada, y la verdad reaparece: la luz cae donde debe caer, y las figuras están como deben estar: con la cabeza hacia el cielo.

El arte realista es, pues, tan moralizador como el idealista, con una diferencia de procedimientos. Uno enseña lo que debe hacerse; otro enseña lo que debe evitarse.

—¡Pero la exhibición del vicio alarma y perturba las conciencias!

—Ya lo he oído.

Pues tanto valdría acusar de alarmista y de incendiario al que da la voz de ¡fuego! en un incendio. Vocea, no llamando á las gentes para abrasarse en el fuego, sino llamando á los bomberos para apagarlo.

—Pero se rasgan los velos del pudor social y se ofende la vista sacando á lo exterior las llagas secretas.

—También lo he oído.

Pues en vez de sacar á la argolla pública á los asesinos, écheseles encima de los hombros una buena capa, para que por bajo de ella puedan seguir dando de puñaladas á los transeuntes descuidados.

No: el desabrigo y el oreo son los procedimientos de la higiene moderna. Así se robustece la moral pública.

En los ejercicios desnudos se fortaleció la raza espartana. En las voluptuosidades secretas, en los vicios tapados del harem sin ventanas se embrutece, se pudre y aniquila la raza oriental.

Exponer el vicio desnudo y desgreñado, sin aliños ni pinturas, sin atenuación ni glorificaciones, es, sin duda, obra meritoria. Sacarlo así á lo alto de la escena, es sacarlo á lo alto del patíbulo. Entonces no se le presenta, se le delata; no se le encumbra, se le ajusticia.

A más de esto, la práctica confirma tal teoría si no

la acreditara la razón. La exhibición del mal no es nueva ni de ahora; es tan vieja como el teatro.

Si eso es pecado, y si ese pecado es de los mortales, los impenitentes vamos al infierno en tan buena compañía que podemos regocijarnos con sus llamas como si fueran agua de rosas.

Por donde quiera que se mire al gran teatro se ve el mal, el vicio, hasta el crímen como acción principal de las obras maestras, y asunto predilecto de los grandes clásicos.

El incesto en *Edipo*, el incesto en *Fedra*, el incesto en *Los cabellos de Absalón:* las sustituciones traidoras en el lecho conyugal en *Amphitryon* y en el *Burlador de Sevilla:* el adulterio en el *Médico de su honra:* el infanticidio en *Medea:* el concubinato en *Cleopatra* y en *Intriga y amor.*.

La traición, la lujuria, el asesinato en *Hamlet*, en *Macbeth*, en el *Rey Lear* y en *Los bandidos.*

El tráfico de la carne en nuestra *Celestina*, la vieja madre del teatro español.

¿Y quiénes son esos iluminadores del crímen, pregoneros del mal y maestros del pecado?

Sófocles, Eurípides, Plauto, Shakespeare, Calderón, Molière, Tirso de Molina, Racine, Schiller.

¡Por todas partes, en todos los países y todos los tiempos, los infames, las rameras, los adúlteros, los malvados, los traidores, los homicidas, admirando á los sabios, embelesando á las generaciones, tejiendo coronas para los grandes poetas y las grandes literaturas!

¡Ah! si la presentación del mal corrompe, en vez de escarmentar, esa corrupción no tiene remedio, porque la amparan y la ayudan dos cómplices in-

violables: la humanidad y la historia que glorifican y erigen estátuas á los corruptores.

Los hacen mármol en vez de hacerlos polvo.

***

La transformación de *Las Vengadoras* es profunda y general. Ha variado el desenlace, y para ello ha sido necesario variar el plan y marcha de la comedia. Es una verdadera refundición, en la cual parte de los antiguos materiales han sido mezclados con otros vírgenes; vaciados todos en un molde nuevo, dan una obra casi nueva.

En los actos primero y segundo he suprimido escenas, abreviado otras, añadido algunas, en sustitución de las desaparecidas. Son nuevos el último tercio del acto segundo y todo el tercero, fuera de dos escenas, y aún esas aparecen reformadas.

No es necesario hablar de la parte derogada. Con decir y saber que la he suprimido queda dicho y sabido que la he juzgado de igual manera que la juzgó la crítica. Y la trato peor todavía; porque si la crítica la condenó, yo la decapito sin defensa.

Pero sí he de hablar de la parte mantenida, porque debo dar al público cuenta y razón de porqué la mantengo.

Entiéndase que me ciño á justificar lo que ahora se llama la tésis, la realidad del asunto dramático, la verdad del hecho inicial del drama, porque con ello defiendo mi veracidad de artista. Esto es lícito y permitido á la más escrupulosa humildad del autor, por lo mismo que no le son permitidas ni lícitas la calumnia en daño de la historia, si trata un asunto

histórico, ni la falsedad en daño de las costumbres si trata de costumbres presentes.

El arte cuando toma oficios de acusador privado, no puede inventar el mal que intenta corregir; tiene que fundarse en males comprobados, en materia penable, así como el fiscal tiene que probar la preexistencia del delito que acusa, sopena de imputación calumniosa.

Díjose que en *Las Vengadoras* carecían de realidad el asunto y de verdad los pormenores. Hubo quien llegó á sostener que la clase de mujeres presentadas como cuerpo del delito, no era conocida en Madrid, sino género puramente extranjero.

¡Dios le tome en cuenta la buena intención para perdonarle la mentira!

Puede concederse á este nuevo aspecto del patriotismo, al patriotismo moralista, que el gérmen de esta filoxera sea importado y metido por los Pirineos en los equipajes de los que vuelven de Francia.

Pero el microbio ha debido encontrar légamo propicio y cultivo fecundo en tierra de España, y la filoxera vaxtatrix ha invadido nuestras vides más castizas, llevando especialmente sus estragos á la gran viña madrileña.

El gérmen habrá venido en las burbujas del Champagne; pero las crías son ya de producción nacional. ¡Que no tienen realidad! Y cuando esto se propalaba eran todavía más reales que ahora, porque los ejemplares acaso mejores, van desapareciendo de la circulación por retiro forzoso, por ausencia, por jubilación ó tal vez por casamiento.

¿Pues qué? ¿estamos tan lejos del tráfago mundanal que no asistamos siquiera al paseo de coches del

Retiro, ni á la plaza de toros, ni á los teatros grandes y pequeños, ni á las exposiciones nocturnas de la respostería de Viena? ¿Estamos tan sordos que no oigamos las historias y aventuras que á diario corren por círculos y cafés?

La crónica hablada, más veraz é indiscreta que la crónica escrita, estaba entonces y está ahora llena de secretos á voces, echados á todos los vientos de boca en boca, de oído en oído y de corro en corro.

Relátase un día el encuentro de dos *vengadoras*,—las llamo así, no para propaganda, sino porque con ese nombre las llamaba ya el periódico que lo refería,—y la acometida que en el vestíbulo de un teatro se dieron con cierta famosa llave inglesa, que fué á parar á los estrados de un juzgado. Mírese bien el lugar de la acción: el vestíbulo de un teatro. Casi la escena de un drama, representada fuera de los bastidores.

Dícese otro día el nombre de la que ha mermado esta fortuna; háblase de cómo se ha disuelto aquel hogar ó de quién se ha metido, como puñal de dos filos, entre marido y mujer para cortar el santo nudo de un matrimonio.

Admírase ya la altivez de una dama que tiene un choque de palabras con una aventurera, en uno de esos círculos tan anchos que pueden contener á la par las honestidades más puras y las pecadoras más impenitentes.

Refiérense otra vez sorpresas teatrales y capturas dramáticas de maridos infieles por cónyuges poco sufridas, en casas abiertas á todo menos á las mujeres honradas.

Cuéntase..... Pero sería cuento de nunca acabar, el

de las escenas de comedias inverosímiles, representadas á función diaria, en pleno aire de la vida y en plena tierra de Madrid.

Y no atestiguo exclusivamente con textos de memoria: voy á sacar testimonio de textos escritos.

Un periódico de justa reputación y notoria seriedad: representante auténtico del buen tono, en una de sus excelentes crónicas, que son como las memorias íntimas de nuestra sociedad, escribía lo siguiente en 17 de Marzo de 1884, esto es, siete días después de estrenarse *Las Vengadoras*:

«Que tales usos y abusos—censura las costumbres de la corte de Madrid—nacidos de la carencia de urbanidad en las clases altas y bajas subsisten y más bien crecen que menguan, no es menos cierto. Es ágria, es ofensiva verdad: pero lo es. Solo faltaba un artículo á este código in-político, y ya parece que *se ha añadido á él y se practica; el que los señoritos hablen y acompañen en público á las vengadoras*. (Así, textualmente y hasta con el mismo apodo).

Con esto y con el lenguaje flamenco, acaban de dar ejemplo á lo más soez de la plebe, los que por su posición, su educación y cuna, debían darlo muy distinto.»

¡Hola! Pues si no existían esas mujeres ¿á quién saludaban esos señoritos, y por qué el distinguido cronista las titulaba ya *vengadoras*, refiriéndose precisamente al nombre que les daba mi comedia?

Otro periódico, también muy acreditado en materia de usos de buena sociedad, publicaba con fecha más reciente, 8 de Diciembre de 1891, una correspondencia de París, de la cual copio este párrafo:

«Algo diré también sobre *la costumbre que acaba*

de ser desterrada afortunadamente, de saludar á las horizontales en público, como pudiera hacerse con una señora, medida que llevan ahora á cabo los elegantes con todo rigor.»

¡Hola! *Ahora* empiezan los elegantes á *no saludarlas:* luego antes las saludaban en París. Y como la hora de nuestras costumbres atrasa siempre algunos años respecto del meridiano de París, resulta que cuando allá se empezaba á saludarlas, acá empezábamos á conocerlas; y cuando allí se empieza á no saludarlas, aquí estamos saludándolas y con las manos en la masa (1).

¡Que nadie ve en nuestro horizonte esas estrellas errantes!

Tan vistas y conocidas eran en España, que no les

---

(1) En prensa ya este prólogo, viene á declarar otro testigo de mayor excepción. Es un escritor muy notable y muy notado como hombre de letras y como hombre de mundo, á quien deben los salones de Madrid mucha parte de su notoriedad y la prensa moderna mucha parte de su amenidad. Discurriendo en un periódico ilustrado, acerca de la reciente representación de *Las Vengadoras*, dice así el cultísimo literato, cuyo nombre callo, como he callado también los de los periódicos aludidos arriba:

"No habléis de las crudezas de la obra dramática: en la vida real ocurren aún más descarnadas. La escena del primer acto en el *foyer* del teatro Real entre la descarada Teresa y la ofendida esposa del botarate Luis, que tanto ha censurado la crítica timorata, no llega ni con mucho á la escena real y positiva que ocurrió el verano pasado en *la Terraza* del Casino de Biarritz, entre una duquesa de título ilustre y una *demi-mondaine* muy conocida en Madrid.

Todo el mundo habla en la corte, de un prócer muy encumbrado que ha abandonado el domicilio conyugal para vivir públicamente con una de esas vendedoras del amor. El lecho alquilado de una de esas desdichadas y funestísimas mujeres, ha sido lecho mortuorio para descendiente de linajuda familia: más de un personaje eminente arrastra los piés y dobla la cabeza por haber dejado en los coquetones *budoirs* de las modernas cortesanas, la salud al mismo tiempo que el oro; de insensatos que han dado sus títulos y sus grandezas de España á flores del lodo, que han continuado, como era lógico, cubriendo de fango los blasones, se pueden citar muchos ejemplos, y en una sociedad donde esto sucede, no se puede acusar sin profunda hipocresía al autor dramático que ha tenido el valor de afrontar la cuestión....."

No necesito encomiar la importancia de esos preciosos datos.

faltaba sino nombre español. Y tengo el derecho de creer que mi comedia alcanzó, por acierto único, el de bautizarlas, ó más bien el de confirmarlas, porque estaban á la sazón creciditas. No habían cesado aún las representaciones de *Las Vengadoras*, cuando ya los periódicos y las gentes designaban con ese nombre á una clase. El título fué lo único que sobrevivió en la obra.

Y es evidente que si no hubieran existido de antemano neófitas, la bofetadita de la confirmación no hubiera resonado como suena la mano cuando da en carne viva.

No pretendamos, porque tampoco podríamos, engañarnos unos á otros en esta gran casa de vecindad, llamada Madrid, donde todos nos conocemos, nos codeamos y nos oímos hasta la respiración á través de los débiles tabiquillos que señalan más que separan nuestras respectivas viviendas.

La Venus de guante blanco se ha domiciliado en la corte. Su concha, convertida en abierto milord, que arrastran yeguas inglesas en vez de palomas ó cisnes blancos, pasa á todas horas por delante de nosotros.

¡Que hay menos vicio que en las grandes capitales extranjeras! Naturalmente: cada una tiene el que necesita y demanda su consumo. Es mera cuestión de mercado. En este caso la carestía ó la abundancia no obedecen á razones de economía moral, sino á leyes de economía política.

También en Madrid se expende menos carne que en París. ¿Hay acá menos gula? No: hay menos población.

Hay, sin embargo, entre estos patriotas de la moralidad, algunos que han reconocido la existencia de

la Venus madrileña, aunque parcialmente y con reservas. Existen—han dicho—esas mujeres, pero con formas peores, con menos tono, menos filigranas y menos distinción, más bastas, con más arte de toreras que de amazonas, y más sabor de castañas que de trufas. Niegan, en suma, la Venus de marfil, la Venus de mármol de Carrara, estátua de salón, obra de museo. Conocen la Venus de barro, obra de alfarería, estátua de plazuela, artículo de bajo comercio.

Algo es algo y ahora mucho. Porque entonces pueden imputarme solamente una falsificación ventajosa para el género: habré falsificado monedas de cobre con oro, al revés de los monederos falsos que imitan monedas de oro con pastas de cobre.

Sé de algunos ejemplares que por nada pueden envidiar á los de más fina raza extranjera. Convengo, sin embargo, en que no son los corrientes por acá; y á fuer de ingénuo confieso que, en efecto, he refinado el ejemplar común, pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda. Pero respóndaseme también con igual sinceridad á esta pregunta: Si yo hubiera presentado como protagonista, figura principal y eje de mi obra, una perdida de manufactura nacional, de á real y medio la pieza, gruesa en obras y gruesa en palabras ¿hubiera pasado por la estrechísima fauce del público? No seguramente; sin afinarla no la hubiera tragado, sino escupido con repugnancia. El arte tiene sus artimañas necesarias, sus vehículos propios, como las píldoras de quinina su capa plateada.

***

Bueno;—añaden algunos—pero ciertos pormenores, ciertas circunstancias de lugar, ciertos sucesos de

la acción dramática, están también falsificados. Y aquí salta la eterna cuestión de la verdad en el arte.

En el teatro y en la novela, no es solamente verdadero el suceso *sucedido*—valga el pleonasmo;—porque en ese caso únicamente cabría en ellos el hecho rigorosamente histórico. La verdad artística es el suceso *posible* según la lógica común. ¿Puede producirse un suceso en circunstancias dadas de lugar, de tiempo, de caracteres y de estados de ánimo? ¿Sí? Pues basta.

La piedra sin vida, la estátua de Pigmalión ha recibido el pólen de fuego y se ha hecho carne y tomado realidad corpórea. Para el arte el hecho ha sucedido, y á veces más justificadamente que si hubiera pasado en la realidad, la cual es con frecuencia menos verosímil que la ficción.

Me eximo, pues, de la culpa que implica responsabilidad; la culpa de haber inventado malas costumbres donde no las hay: la invención del hecho moral: la falsificación de documentos humanos. Lo demás, lo que toca á la invención teatral, á la creación artística, á la fábula, á su desarrollo y á su ejecución, todo lo que es de mi siembra ó de mi cosecha, todo lo que es mío, queda desde luego entregado íntegramente y sin réplica al juicio ajeno.

* * *

Post-scriptum.—Acabemos este prólogo, ó explicación prévia que yo tenía escrita desde el pasado invierno, época en que debió de efectuarse la reexhibición de mi obra.

Se ha celebrado ya, no la vista de una alzada, sino el juicio de conciliación entre el público y *Las Ven-*

gadoras. Estas han transigido cambiando mucho de su antiguo equipaje: el público ha cedido también de sus antiguas intolerancias y hemos llegado á una avenencia afortunada para mí.

La obra ha sido representada y absuelta. Buena parte del aplauso obtenido no me corresponde en conciencia y ella me obliga á trasmitirlo á sus acreedores.

La crítica y el público, la una por escrito, el otro cara á cara como hace en el teatro, me dijeron y enseñaron lo que sobraba y faltaba, lo que había que suprimir ó reformar, lo que gustaba y disgustaba en mi comedia. La he recompuesto con sujeción estricta á aquel capítulo de reparos.

Por tanto, el público y la crítica, al aplaudir la refundición, se han aplaudido á sí mismos.

No por eso les agradezco menos el aplauso: al contrario, lo agradezco más porque les debo ahora dos favores: el aplauso y la colaboración.

EUGENIO SELLÉS.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA (26 años).	D.ª María Alvarez Tubau.
PILAR (26).	Carlota Lamadrid.
LOLA (30).	Josefina Alvarez.
VIRTUDES (20)..	Consuelo Badillo.
MARQUESA (30).	Emilia Domínguez.
CONDESA (40).	Matilde Badillo.
TULA, doncella de Teresa (24. . .	Matilde Ortiz.
LUIS (30)..	D. Enrique Sánchez de León.
GENERAL (55).	José Vallés.
LORD RAYMOND (40). .	Ricardo Guerra.
VIZCONDE (22)..	Ricardo Peña.
SENADOR (50).	Ricardo Manso.
MANOLO..	Francisco Alvarez.
MARQUÉS (45).	Luis Villanova.
CABALLERO 1.º..	Sánchez Calvo.
CABALLERO 2.º.	José Palacios.
CABALLERO 3.º.	N. N.
UJIER 1.º.	N. N.
UJIER 2.º.	N. N.

Un criado que no habla.

Varios caballeros y señoras que aparecen en la escena sin hablar.

La acción se supone en Madrid y en San Sebastián y en la época actual.

ACTO PRIMERO

Salón de ingreso del teatro de la Opera de Madrid. Al levantarse el telón aparecen ya LOLA y VIRTUDES sentadas formando un grupo á la izquierda. La CONDESA, la MARQUESA, el MARQUÉS y tres CABALLEROS salen después de alzarse el telón y vienen á colocarse á la derecha formando otro grupo. Unos sentados, otros en pié para no dar monotonía al cuadro. En el centro pasean, asidos del brazo, el GENERAL y LORD RAYMOND. En las puertas de entrada del teatro UGIERES. Algunas personas que de cuando en cuando salen de la sala del teatro, atraviesan la escena saludando á sus conocidos, sin hablar, y se van. Algún lacayo que entra de la calle, donde se supone que espera á sus amos. Momentos antes de levantarse el telón, una orquesta colocada dentro del escenario toca una pieza del tercer acto de la opera *La Traviata*, figurando que la música viene del interior del teatro Real. La orquesta continúa tocando algunos momentos después de alzado el telón, á manera de preludio del acto. La música va debilitándose gradualmente, y cuando ya no estorbe para oir el diálogo, empiezan á hablar los personajes.

ESCENA I [1]

MARQUÉS — Es imposible estar en la sala del teatro; ¡hace un calor dentro!

CONDESA — Pero tampoco es posible salir á la calle de repente: fuera hace frío y estamos sudando.

MARQUÉS — Es conveniente atemperarse en esta atmósfera media.

---

(1) En los teatros donde, por cualquier circunstancia, no pueda presentarse esta decoración exactamente imitada del vestíbulo del Real, será sustituída por una que represente el foyer de un teatro indeterminado.

Asimismo las compañías dramáticas de escaso personal quedan autorizadas para suprimir en la representación algunas de las figuras que aparecen en estas primeras escenas; sus frases, si las tuvieren, serán distribuídas apropiadamente entre los demás personajes.

MARQUESA ¡Y yo que quería ir pronto al baile de la Embajada!

MARQUÉS Ten calma. Los cambios bruscos de temperatura traen las pulmonías.

MARQUESA Pero nos iremos antes que la gente empiece á salir.

MARQUÉS Hay tiempo. Ahora empieza el último acto de la Opera. Además, tenemos que esperar á Pilar. Dice que viene en seguida.

MARQUESA Pero no viene.

CONDESA (Mirando hacia donde está LOLA.) Estoy violenta delante de esas mujeres.

UJIER (A LOLA.) Ya ha venido el coche.

LOLA Que espere. (A VIRTUDES.) Hasta que baje Teresa no podemos irnos.

CONDESA ¿Y tienen coche?

MARQUESA Y mejores que muchos de los nuestros. Mi marido ha comprado ahora un hermoso landó estrenado apenas por una señorita de quien se ha deshecho un conocido banquero.

CONDESA ¿Y lo usas?

MARQUESA Forrado de nuevo. Ayer lo verías en el besamanos. Es igual que los nuestros. El blasón que he hecho pintar en la portezuela: hé ahí la única diferencia.

LORD Es poca (1).

GENERAL (A LORD.) Milord no gusta, por lo visto, de la ópera que cantan ahí dentro.

LORD No me divierten las Traviatas..... cantadas.

GENERAL ¡Las traviatas!.... Hélas allí. (Señalando al grupo de LOLA y VIRTUDES.) ¡Qué delicia! Sobre todo para nosotros los hombres prácticos que no tenemos tiempo ni paciencia que perder en conquistas difíciles. Las mujeres decentes van perdiendo sus

---

(1) Este personaje habla en toda la obra con pronunciación marcadamente inglesa.

atractivos desde que éstas se han adecentado. Son lo que América respecto de Europa. El Continente viejo pierde su poder á medida que se civilizan los salvajes del nuevo continente. (Señalando al grupo de la CONDESA.) Allí está el mundo antiguo. Seriedad, tradiciones, orden hasta en la guerra y recato hasta en la deshonestidad. (Señala á LOLA.) El mundo nuevo; la joven América—aquí no podemos decir la virgen América—juventud, exuberancia, minas de oro, calor tropical, luz hasta en las tempestades y anarquía hasta en el Gobierno.

LORD Son deliciosas. No creí que España fuera un país tan civilizado.

CONDESA ¿No ven ustedes con qué descoco se presentan en público ante la sociedad más escogida?

MARQUESA No se presentan; son presentadas, porque seguramente no asistirían á no tener nosotras amigos y maridos..... (Mirando con intención al MARQUÉS.)

CONDESA Ese es el mal.

LORD ¿El tener maridos?

CONDESA El tener maridos y amigos de distinción, que abusan de nuestra buena fe en favor de esas desdichadas.

MARQUESA ¡Así están ellas de satisfechas y envanecidas!

MARQUÉS ¡Así toma importancia el género!

MARQUESA ¡Así se desarrolla la plaga!

CAB. 1.° ¡Así se perfecciona la mercancía!

CONDESA En todas partes son las primeras.

MARQUESA Y las más miradas.

CAB. 2.° Confundidas con la honradez.

MARQUESA Y lo que es peor, igualándose á las aristocracias.

MARQUÉS ¡Si parecen de ellas! El mismo aspecto.

CONDESA Naturalmente: las educan nuestros primogénitos.

CAB. 1.º La misma elegancia, los mismos trajes.

MARQUESA Naturalmente: las visten nuestras modistas.

CAB. 2.º El mismo lujo.

CONDESA Sale de las mismas cajas.

MARQUÉS Las casas puestas con el mismo gusto.

MARQUESA ¿Y tú, marido mío, por dónde lo sabes?

GENERAL Se lo he dicho yo, Marquesa: tranquilícese usted.

MARQUÉS (Aparte al GENERAL apretándole la mano.) Gracias por el capote. Estaba cogido.

MARQUESA ¡Gusto en sus casas! Ya lo ven ustedes; porque se las ponen nuestros maridos.

LORD ¡Ah! Es un consuelo para ustedes.

CONDESA (Al LORD.) Inglaterra tiene costumbres más severas; allí no sale el vicio á la luz del sol.

LORD Ciertamente; porque allí no hace sol.

(Las personas de este grupo continúan en voz baja su diálogo).

LOLA (A VIRTUDES.) Nos miran mucho aquellas señoras.

VIRTUDES ¿Las conoces?

LOLA ¡Ya lo creo! como ellas nos conocen también. En este Madrid nos conocemos todos. Especialmente las eminencias, que somos como los campanarios de las iglesias: se ven unos á otros aunque no se comuniquen. Hablan de nosotras.

VIRTUDES Dí que maldicen de nosotras.

LOLA Tratándose de mujeres creí que quedaba dicho. Es envidia, porque nos divertimos con nuestra ligereza, cuando ellas se fastidian con toda dignidad.

VIRTUDES Parece que nos están echando de aquí con los ojos.

LOLA Sin duda piensan que este no es nuestro sitio.

VIRTUDES Y ¿por qué no? Lo pagamos como ellas.

LOLA Y frecuentemente mejor que ellas. Recuerda la última corrida de Beneficencia. Luis no quiso pagar dos mil reales por un palco para su mujer que se quedó sin corrida, mientras pagó cuatro mil por un palco para Teresa.

VIRTUDES ¿Quién es aquel señor tan cursi? (Por uno de los del grupo de enfrente.)

LOLA Un sabio.

VIRTUDES ¡Ah! Casto.....

LOLA Por supuesto.

VIRTUDES Digo que se llama D. Casto.

LOLA ¡Ah! ¿también se lo llaman? ¡desgraciado!

VIRTUDES ¿Y aquel otro que acciona tanto? (Por otro de los caballeros.)

LOLA Un gran orador y economista.

VIRTUDES ¿Economista?

LOLA En materia de mujeres.

VIRTUDES ¿Y aquel tan finchado y tieso? (Por el tercero que no habrá hablado.)

LOLA Un exministro; un prodigio. No habla una vez que no sea para decir una agudeza ingeniosa ó una frase profunda. La lástima es que no habla nunca. ¡Cómo se aburrirán con tantas notabilidades intachables! (Continúan su conversación en voz baja.)

LORD (Al GENERAL, paseando separados ya del grupo de señoras.) Su amigo de usted Luis, me tiene ojeriza porque pretendo á Teresa.

GENERAL No le falta razón; Teresa es su amante, y la persigue usted con constancia británica.

LORD No tengo otra mayor. La persigo hace dos meses: la perseguiré otros muchos, como aquel compatriota mío perseguía al acróbata Blondin esperando que cayera de la cuerda tirante.

GENERAL Eso nos molesta mucho en España.

LORD No le molesto nada: la pretendo para cuando ella se canse de él. A mí no me incomoda que un aficionado pretenda mi más querido caballo de carrera. Cuando yo me deshaga de él, lo compra y en paz. A lo sumo, podría incomodarse con Teresa si lo abandonara. Conmigo, ¿por qué?

GENERAL Por mi parte convencido. Quien siente celos de esas mujeres, es tan insensato como quien quisiera monopolizar el sol que pertenece á todos. Pero Luis es apasionado y celoso.

LORD ¿Está enamorado?

GENERAL Como un loco.

LORD No; como un tonto. Veo que estas mujeres y el buen vino de Jerez tienen mucha fuerza alcohólica para climas meridionales. Son para los ingleses.

GENERAL Pero hombre, ¿por qué?

LORD Porque á nosotros no nos emborrachan.

VIRTUDES (A LOLA.) ¿Hay monos? El General no está hoy muy comunicativo contigo.

LOLA No se acerca: están ahí sus amigas.

VIRTUDES Tendrá vergüenza.....

LOLA Mucha; como que la guarda toda para cuando está en público.

MARQUESA (A la CONDESA.) ¿Y ella es bonita?

CONDESA No le encuentro nada de particular. ¿No la has visto? Va siempre con esas dos (Por LOLA y VIRTUDES.) á un palco. El palco de las Tres Gracias. Así lo llaman los aficionados al arte *pagano*.

MARQUESA ¡Ah! sí, una mujer delgada, vestida de medio luto, de aspecto grave y apariencias honestas.

CONDESA Esa es otra semejante: ésta no tiene ni las apariencias. Modales desenvueltos y hombrunos; hoy la ha acompañado también otra muy conocida, que ha

sido morena hasta este mes: ahora es rubia.

MARQUESA Ya sé quién es. La veo todas las tardes en nuestro paseo: el de coches. Y tiene aire elegante.

CONDESA Y excelente educación.

MARQUESA ¿Es de buena familia?

CONDESA ¡Quién lo sabe! Procede de la capa media: de la gran mina que da los pedruscos y los diamantes. Su primer protector la cogió en bruto y se esmeró en pulirla: la recrió en París para hacer de ella una princesa del escándalo.

MARQUESA Y ella fué aprovechada.....

CONDESA Como que es muy lista. Y luego ha viajado mucho.

MARQUESA Ha rodado mucho.

CONDESA Eso es: rodado. Y el roce pulimenta.

MARQUESA ¿Y es la amante de Luis?

CONDESA Por lo menos, la amada.

MARQUESA Y su mujer, la pobre Pilar, tan tranquila.

CONDESA Conoce su desgracia (1). «He pasado con ella la noche en su palco observándola. Estaba nerviosa y pálida. Enfilados los gemelos hacia la escena, perseguía en realidad por debajo de los cristales, ya las miradas de su rival, ya las de su marido. Y pienso que ha debido sorprender algo más que miradas mútuas, quizá sonrisas, acaso señas, porque una vez habló con su marido tan descompuestamente, que oí sus quejas con claridad.

MARQUESA ¿Y él?

CONDESA Calló por no escandalizar la representación; ella se llevó el pañuelo á los ojos, y se retiró al fondo del palco.»

---

(1) La parte del texto que va entre comillas, se ha suprimido en la representación para abreviarla. La supresión ó la conservación queda al buen juicio de los actores

MARQUESA ¡Infeliz!

CONDESA Luis, por supuesto, paga caramente su infidelidad.

MARQUESA Lo merece por enamorarse de una perdida. ¡Cuándo se convencerán estos hombres de que no deben solicitar sino á las mujeres distinguidas!

ESCENA II

DICHOS.—LUIS.—Después el VIZCONDE, que saldrá por el foro durante el diálogo.

LUIS Tengo que salirme del palco. Es inaguantable, sofocante.

GENERAL ¿El calor, eh?

LUIS Mi mujer.

GENERAL En esa materia siempre estás en el Sudán.

LUIS ¿Y no tengo razón? Siempre con llantos, con celos, con recriminaciones. Pero hoy más que nunca: no sé qué mosca le ha picado y está nerviosa, fuera de sí, ciega.

GENERAL Pues cuando una mujer se pone ciega, es que ve demasiado claro. Has cometido alguna imprudencia.

LUIS Ninguna, ni saludar á Teresa. Para ir á su palco estoy esperando que Pilar se vaya á la Embajada. Pero, no se da trazas: la ópera va á acabar y ella firme que firme.

GENERAL Y Teresa también firme que firme.

LUIS Aguardando mi visita para concertar el plan de esta noche.

GENERAL ¿Vas á ir á su casa?

LUIS Si puedo haré una escapatoria, un rato; solo un rato.

GENERAL No me parece prudente.

LUIS ¿Sermones?

GENERAL No me parece prudente..... en esta noche:

corren vientos de tempestad. Ya ves que no te aconsejo virtudes, porque sería inútil, sino precauciones. Esto exije la sociedad, que perdona todos los pecados menos uno, el pecado mal hecho.

LUIS Las he tomado. Le he dicho que no podré acompañarla hasta después de las dos, porque me reclama un amigo para un lance.

GENERAL ¿Cuál amigo?

LUIS Tú.

GENERAL Pero eso es una mentira, una indignidad.

LUIS ¿Querías que le dijese la verdad? No conozco sino una manera de engañar.

GENERAL La misma que yo, engañar. Eres todo un punto. Como criado á mis pechos.

VIZCONDE (Que se habrá acercado poco antes á los interlocutores.) Me felicito: porque seré tan feliz como él con su protección. ¿Conque esta noche me presenta usted á esa niña? (Por VIRTUDES.) Está hermosa.

GENERAL ¡Otro mamoncito que me pide teta! Sí, hijo: esta noche te echo á las fieras.

VIZCONDE Y de aquí á un mes.....

GENERAL Te han devorado.

MARQUESA En ese corro se habla algo interesante.

CONDESA Para hombres solos.

MARQUESA Estoy rabiando de curiosidad. (Se levanta para acercarse al grupo que forman LUIS, el GENERAL y el VIZCONDE.)

CONDESA ¿Vas á introducirte entre esos libertinos?

MARQUESA Con destreza. (A LUIS.) Pero, Luis, estamos esperando á Pilar. ¿No sale? (Silencio en todos.) He interrumpido la conversación. Lo siento; ¡tal sería ella que no puedo oirla! Una señora casada puede oir, no todo, pero casi todo. ¿Qué puedo saber? ¿Cosas de esas señoritas? ¿Infidelidades de algún amigo? Si eso lo sabe todo el mundo!

GENERAL Como que se hace para que se sepa. Antiguamente el vicio era una debilidad, una pasión, un extravío: hoy es un lujo, y el lujo es para lucirlo. Marquesa, ¿usted tiene sus brillantes para guardarlos en sus estuches?

MARQUESA Para eso no me gastaría el dinero en ellos.

GENERAL ¿Se ve usted siquiera los que lleva ahora en la garganta, que por cierto es muy bonita?

MARQUESA Pero los ve usted

GENERAL Pues las queridas son los brillantes del hombre de gusto. Los paga para deslumbrar, no para su recreo, y así tiene que colgárselos de las orejas para..... que los vea usted.

MARQUESA Pase en los hombres libres; pero un hombre casado no debe ostentar esas..... alhajas.

LUIS Marquesa, ¿hay nada más ridículo que el marido casero, pegado siempre á las faldas de su mujer? Si es joven porque no parece joven, y si es viejo porque parece viejo.

MARQUESA Me arrepiento de haberme acercado á ustedes. Son muy informales. Luis, haga usted el favor de decir á su mujer que estamos aguardándola.

LUIS En el acto se la envío á ustedes. (Se va.)

MARQUESA Usted habrá ascendido á general, pero morirá cadete.

GENERAL Lo confieso: el amor es mi empleo vitalicio. No paso á reserva ni por razón de edad ni por inutilidad. De joven, ¿qué se va á hacer de la vida que sobra? De viejo hay que aprovechar la poca que queda.

MARQUESA Entre los viejos verdes y los jóvenes rojos han puesto ustedes á Madrid.....

GENERAL ¡Que es un encanto!

MARQUESA ¿Y qué encanto pueden tener unas mujeres..... unas mujeres?.... vamos, temo al adjetivo. Continuemos los símiles. Lo mejor es el coche propio; es decir, la mujer legítima. Pero dado que el vehículo sea ajeno, ¿preferiría usted nunca el simón al coche de abono?

GENERAL Veamos, marquesa, ¿qué entiende usted por coche de abono?

MARQUESA El amor como se usaba antes de la aparición de esas mujeres. El amor sin número, ni tablilla.

GENERAL Por ejemplo, el amor de la mujer casada ó seducida.

MARQUESA El amor que no se paga sino con otro amor.

GENERAL El arte por el arte.

MARQUESA El arte decente.

GENERAL Vamos: el vicio decente: el coche de gorra.

MARQUESA El simón es para todos: el abono casi propio.

GENERAL Casi: el simón se alquila por horas: el abono por meses, y tiene además un cuidado: la vigilancia del propietario que reclama sus horas de descanso. Pues prefiero el simón que se toma donde se necesita y se deja donde se quiere. «¡El amor á la antigua! El tejido casero, el acecho, la zozobra, el peligro, la privación ó el apresuramiento, el deseo contenido por los inconvenientes, el disimulo impuesto por el qué dirán ¡ El amor novísimo! El tejido de fábrica, la tranquilidad, la tertulia alegre, la casa abierta, la irresponsabilidad, la franqueza no cohibida por el qué dirán, porque ya está dicho todo y hasta la moral, porque no hay traición contra un tercero.»

MARQUESA Convengo en que los simones son muy

cómodos. Pero en nuestra sociedad eso es excepcional.

GENERAL ¿Quiere usted que empiece á citar excepciones? El Marqués......

MARQUESA (Interrumpiéndole apresuradamente.) No; tengo demasiada prisa para oir la lista grande. (Se aparta del GENERAL y se vuelve al grupo de la condesa.)

LORD (Al GENERAL.) ¿Esta señora será una virtud cuando aborrece tanto á esas señoritas?

GENERAL Emulación: porque le han puesto otra tienda enfrente.

LORD. ¡Ya! está interesada por las cocheras de lujo.

GENERAL Tiene una en su casa.

CONDESA ¡Oh! la corrupción es general.

GENERAL (Que ha oido la palabra *general*, se acerca.) ¿Me llamaba usted?

CONDESA No: decía que la corrupción es general.

GENERAL ¡No he de equivocarme en un país donde hasta la corrupción asciende á general!

CONDESA Pues en usted, picarón, ha ascendido por méritos de guerra.

MARQUESA Tiene una hoja de servicios brillante. En su juventud hizo verdaderos estragos.

MARQUÉS ¡Qué! ¿ha conquistado muchas banderas?

LORD No, muchos trapos.

CONDESA General, por lo que se dice aquí, usted puede darnos algunos pormenores acerca de esas..... señoritas. Parece que las trata.

GENERAL Como las puede tratar un caballero.

MARQUESA ¿Y cómo hablan?

GENERAL En castellano muy claro.

MARQUESA ¿Son listas?

GENERAL Su profesión será de locas, pero no de tontas. Además adquieren el talento artificial, más certero que el nativo: el de la experiencia.

CONDESA ¿De dónde proceden?

GENERAL ¿Tienen bonita cara? Pues ella es su pasaporte y su fe de bautismo. Nadie se mete á averiguar si traen patente de origen sucio, como traigan formas limpias. Salen, unas de las fatigas del taller, otras de los pudrideros de la necesidad, muchas de buenas familias con malas costumbres, todas de los desfallecimientos de la torpe educación, echadas á la calle por un amante que las pervierte, por un marido que las maltrata, ó por un padre que las abandona. Unas, vienen de muy alto para llegar muy abajo; otras, de muy abajo para casarse muy alto. ¿A dónde van? A merced de lo que las rodea; lo mismo á pasar su vejez en la Galera, que en la puerta de un templo pidiendo limosna: lo mismo á morir en un hospital, que en un palacio.

CONDESA Y tienen cierta distinción.

GENERAL A primera vista: el contacto con el oro les da ese baño superficial, que es la moneda falsa de la distinción. Sentadas en su palco, tendidas en su coche, recostadas en la marquesita de su gabinete, cualquier provinciano las tomaría por princesas. Aparte de lo exterior, nada; estátuas de barro doradas, groseras por dentro, como todo lo que viene de abajo.

CONDESA En mi tiempo, solo los perdidos tenían amantes.

GENERAL Ahora, solo los perdidos no las tienen, porque no pueden pagarlas.

CONDESA Ahí sale Pilar.

ESCENA III

DICHOS.—PILAR, que acompañada de un caballero, sale del teatro por la puerta central.

CONDESA (Acercándose.) Querida Pilar: creímos que no salías.

PILAR Querida Condesa. (Al caballero que la acompañaba y soltándose de su brazo.) Muchas gracias, amigo mío. Puede usted volver al palco. Quedo en compañía de la Condesa, con quien iré á la Embajada. Lléveme usted pronto á mi marido. ¡Ay, qué olvido! He dejado en la platea mi abanico. Tengo que subir por él.

CONDESA Irá otra persona.

PILAR (Apartándose del grupo con la CONDESA. El MARQUÉS, la MARQUESA y el GENERAL continúan hablando en voz baja en otro grupo.) Lo digo para los que me oyen y observan. Pero tú has de saber que he dejado de propósito mi abanico. Un pretexto para volver al palco. Luis, suponiéndome fuera del teatro, se habrá reunido ya con su amante.

CONDESA «Pero, ¿persistes en esa manía?

PILAR El cariño leal que me tienes y por el cual te he hecho las tristes confidencias de mi desgracia, te obliga á este engaño tranquilizador, que agradezco. Pero bien sabes que no es manía. Es convencimiento confirmado esta noche.»

CONDESA ¿Vas á creer lo que dice el escrito anónimo de una persona mal intencionada ó envidiosa?

PILAR El anónimo declara nombre, señas y domicilio de esa mujer que entretiene á mi marido. Hasta las horas en que se ven. No creería en el anónimo. Pero me ha puesto en la pista de los hechos,

y los hechos están firmados por la conducta de mi marido y las lágrimas de mis ojos.

CONDESA «¡Volver al palco y espiar á Luis! ¿Y qué consigues con ello? Nada, si Luis no tiene esas inteligencias criminales. Y si las tiene, añades al dolor de sentirlo la vergüenza de verlo.

PILAR Eso se dice muy bien en la edad en que el juicio domina al corazón, pero se ejecuta muy mal en los años en que el corazón domina al juicio.»

CONDESA Y en todo caso, ¿qué vas á hacer?

PILAR A lo menos, no desempeñar el desairado papel de víctima engañada. Tomar venganza.

CONDESA Para vengarte de Luis, le tienes todavía mucho amor. Para vengarte de ella, de una aventurera, tendrás siempre demasiado decoro.

PILAR De él y de ella. Con la resignación se gana la beatitud en la otra vida, no la dicha en ésta.

CONDESA ¿Pero crees que tu marido, un hombre formal, tendrá el descaró de presentarse en el palco de esa mujer?

PILAR Seguramente que no se presentará en el palco. En el antepalco. ¡Cómo si lo viera! Allá en el fondo semi-obscuro, y oculto por los cortinajes corridos, última capa que el pudor social echa sobre la Vénus moderna.

CONDESA ¿Y has visto en él á Luis?....

PILAR Alguna vez.

CONDESA Entonces con eso basta para tomar una determinación sin cometer imprudencias peligrosas.

PILAR Basta para una queja, de que él se rie; no basta para una determinación decisiva á la cual estoy resuelta. Necesito subir

al palco: verlos, esperarlos. ¿Salen? los sigo. ¿Entran en casa de ella? entro también; quiero sorprenderlos de manera que no quede ocasión de duda para mí, ni de disculpa para él. Necesito de un gran desengaño para odiarle tanto como le quiero ahora.

CONDESA ¿Y tendrás valor para entrar en casa de una mujer de ese linaje?

PILAR Si la pasión no tuviera el valor nervioso, ¿con qué nos defendería Dios á los séres débiles? Además, estoy segura de encontrar en esa casa amigos que me guarden.

CONDESA Pero, hija mía, ¿vas á dar un escándalo en todo Madrid?

PILAR De suerte que un marido puede darlo, como lo da, por el amor culpable de otra mujer: y una esposa no puede darlo por el amor honrado de su marido? Tú que quieres al tuyo, tú que eres esposa intachable, ¿qué harías en mi caso?

CONDESA Yo..... me pones en un apuro.....

PILAR Respóndanme tu amor y tu honradez.

CONDESA Pues, realmente, no sé lo que haría.

PILAR (Al Caballero.) Casto, ¿me hace usted el favor de acompañarme? (El caballero le da el brazo y se van por el foro.)

ESCENA IV

DICHOS, ménos PILAR y el CABALLERO.—Después, cuando se indique, el SENADOR y MANOLO.

GENERAL (Como continuando la conversación que tenían durante la escena anterior.) No maldigan ustedes de esas mujeres; las buenas les deben gratitud; son sus vengadoras.

MARQUESA ¡No serán tan fieras!

GENERAL Al contrario, veneno dulce. Castigan enamorando, humillan dejándose vencer

hacen llorar riendo y matan deleitando; en fin, como las abejas en las flores, cuando besan, chupan: chupan oro ó sangre: así dejan tanto tronado y tanto tísico.

MARQUÉS Esas desdichadas son como el hierro, que unas veces hiere y otras sana. El amor ilegítimo triunfante, venga siempre al amor legítimo menospreciado.

MARQUESA En el cielo.

GENERAL En la tierra, donde no hay culpa que no tenga su pena. El infierno, amiga mia, no está tan lejos como suponen los beatos. «Ni hay que trasponer los linderos de la vida para hallar aquella ciudad doliente donde tienen toda injuria su desagravio, toda concupiscencia su amargura, todo pecado su castigo, todo delito su verdugo.» Las malas pasiones son los verdaderos demonios atormentadores, y las malas mujeres los ministros más seguros de la justicia moral. La perdida que nos engaña en la edad madura, venga á la pobre muchacha á quien perdimos en el primer empuje de nuestras pasiones.

La mujer propia infiel, venga en nosotros á los maridos de la ajena que hemos burlado, y á su vez la querida venga infaliblemente á la consorte engañada. «Si es gratuita, nos abandona cuando se cansa, ó cuando otro hombre le parece mejor; si pagada, cuando le parece más rico. En conclusión: el hogar prestado que nos parece un cielo, no es sino purgatorio de nuestras culpas, cuando por fortuna tiene salida; y cuando la desdicha lo perpetúa, infierno con tormentos que semejan deleites y con demonios que parecen ángeles.»

CONDESA ¿Conque esas desventuradas no son sino instrumentos de la justicia providencial?

GENERAL Lo son.

CONDESA Convengamos en que Madrid está muy favorecido por la Providencia.

GENERAL Lo está. (Se aparta del grupo.)

MARQUÉS (Que se aparta con el GENERAL.) Buen sermón, querido General. Y después de él se irá con Lola á recibir ese castigo de que usted habla.

GENERAL Soy tan justiciero con mis culpas, que yo mismo me impongo las penitencias. También usted me ha acompañado á predicar, y no dejará por eso de ir á casa de..... (Diciéndole al oído un nombre.)

MARQUÉS ¡Chist! Pero yo soy casado, y necesito tranquilizar á mi mujer.

GENERAL Yo soy soltero, y necesito tranquilizar á todas las demás.

UJIER El coche de la señora Condesa.

CONDESA ¿Nos veremos en la Embajada?

MARQUESA Por supuesto. Espero mi coche.

CONDESA En ese caso, vamonos.

(Mientras la CONDESA y los caballeros se disponen para salir, el SENADOR aparece por la puerta central, tarareando distraídamente un aire de la *Travia'a*. En su manera de mirar da á conocer que es muy corto de vista. Se acerca á LORD RAYMOND, contra cuya espalda se apoya para doblar el extremo de los pantalones como para preservarlos del barro. LORD RAYMOND se aparta al sentir el peso, y se vuelve á él. El SENADOR se cala los lentes, y lo mira diciendo:)

SENADOR ¡Oh! Perdone. Creí que era una columna. ¿Quién es?

GENERAL Lord Raymond.

SENADOR Es lo mismo. (Saludando al GENERAL.) ¡General!

GENERAL ¡Señor senador!

SENADOR (Acercándose á LOLA y VIRTUDES y saludándolas.) ¡Señoras!

LOLA Viene usted equivocado.

SENADOR Siempre me pasa lo mismo. Creí que eran unas amigas de mi mujer.

GENERAL Estas son las amigas del hombre.

SENADOR Es lo mismo: lo mismo. (*Tocando familiarmente en el hombro al* GENERAL.) La vida alegre, la vida alegre; pero ¿y la moral? (*Bajando la voz.*) En secreto. ¡Cómo envidio á ustedes! (*Se va por la puerta izquierda.*)

(*La* CONDESA *y los* CABALLEROS *se habrán ido por la puerta izquierda durante el diálogo anterior.—*LOLA *y* VIRTUDES *continúan hablando en su sitio.—El* GENERAL *va por su abrigo, y volverá cuando se indique.*)

MANOLO (*Entra como viniendo de la calle: viste y acciona exagerando la moda y las maneras de la juventud elegante. Saluda al* VIZCONDE.) Adios, Vizconde.

VIZCONDE Manolo ¿cómo tan tarde?

MANOLO Mi hora de costumbre.

VIZCONDE Está acabando la ópera.

MANOLO Y á mí ¿qué? Eso es música. A la ópera no se viene para oir la ópera, sino para oir á los que..... no la oyen. Tomo mi entradita, doy mi vueltecita, hago mi visita, y por una friolerita.....

VIZCONDE Ya has estado en la operita, y visto á tu Marquesita.

MANOLO Chico, no gastes guasita. (*Se acerca á la* MARQUESA: *se saludan con intimidad y quedan hablando separados de los demás. El* MARQUÉS *y el* VIZCONDE *se van también por sus abrigos, para volver cuando se indique.*)

LORD (*Con burla.*) ¡Qué lengüecita! Como su cuerpo, en diminutivo.

ESCENA V

LUIS, LA MARQUESA *y* MANOLO, *estos dos en el fondo.—*TERESA *por la escalera, saliendo del teatro.*

TERESA (*Aparte á* LUIS.) ¿Conque vas á la embajada?

LUIS No puedo escusarlo: me aguarda mi mujer.

TERESA Un marido que tiene una mujer honrada, no debe pertenecerme por completo. Ahora mismo te dignas hablar conmigo porque estamos solos. Si estuvieran tus amigas, te harías el distraído.

LUIS — Sabes cuánto te quiero; pero no me querrás tan mal que me exijas el sacrificio de mi paz doméstica.

TERESA — ¿No me la sacrificarías....? ¡Y me has dicho tantas veces que hasta la vida! Véte al baile. Reconozco tus obligaciones y mi posición en el mundo. Pero reconocerás en mí el derecho individual de la envidia.

LUIS — ¡Envidia! ¿de qué? ¿Puedes quejarte de mí? ¿No ves siempre en mis ojos, en mi locura, que te quiero como no te ha querido nadie?

TERESA — ¡Qué fuego, hijo mío! Nunca he visto más á mi lado. Abanícame, porque temo abrasarme. Precioso abanico. ¿A ver? (Toma un abanico que LUIS habrá traído en la mano.)

LUIS — Te distrae cualquier cosa.

TERESA — Perdona; creí que había acabado esa conversación. Diga usted, señor mío, ¿de quién es este abanico?

LUIS — De mi mujer.

TERESA — ¿De tu mujer? ¿No se ha ido del teatro?

LUIS — Distraída ó preocupada, lo ha olvidado. Lo he recogido del palco.

TERESA — (Viendo á PILAR que aparece por el foro acompañada de CASTO.) Tu mujer.

LUIS — (A TERESA.) Apártate. (Se separan rápidamente y con la sorpresa, ambos se olvidan del abanico que queda en manos de TERESA.)

ESCENA VI

TERESA, LOLA y VIRTUDES, que quedan separadas de los demás. — PILAR, que baja al primer término después de dejar el brazo de su caballero, el cual se va por la izquierda.—LUIS, que se acerca á ella. —La MARQUESA y MANOLO en el fondo.

LUIS — (A PILAR.) ¿Por qué te encuentro otra vez en el teatro?

PILAR — Había olvidado mi abanico y he vuelto por él al palco.

LUIS ¿Has vuelto al palco?

PILAR Sí: comprenderás que no hay en tí negativa posible. He visto todo. ¡Casualidad de olvido! Pero no te irrites contra mi mala memoria. Ha sido un pretexto preparado para dar á los ojos la certidumbre que ya tenía mi corazón.

LUIS Con tus quejas y celos vas haciéndote insoportable, y acabarás por lanzarme á una resolución desesperada.

PILAR ¡Ay de tí el día que no te persiga! será porque no tendré ni amor que se encele, ni derecho que se queje, ni dignidad que se ofenda.

(En este momento vuelve á entrar con su abrigo el MARQUÉS; la MARQUESA, al verlo, se separa de MANOLO como disponiéndose á marchar, y se dirige á PILAR.)

MARQUESA (Despidiéndose de PILAR.) Adios, querida.

PILAR Adios. (Simulando tranquilidad.)

MARQUESA (Acercándose á Pilar le dice al oído.) Tienes la voz trémula y la cara descompuesta.

PILAR ¿Eh? ¿se conoce?....

MARQUESA ¿Que estás celosa? á la legua. Repórtate, porque los curiosos bromean. Es consejo de mi buena amistad y de mi experiencia. Mi marido también.....

PILAR ¿También te engaña?

MARQUESA Me falta; pero como lo sé, no me engaña: se engaña á sí mismo.

PILAR ¡Y lo dices con esa calma!

MARQUESA ¿Qué he de hacer? Cada una tiene..... su método. (A MANOLO, llamándolo:) Manolo, vamos.

(Toma su brazo y salen. El MARQUÉS sale detrás de ellos.)

LORD (Que ha oído la última frase.) Tiene su método. Esta señora llama método al amante. Vamos aprendiendo el idioma. (El LORD es va por su abrigo y vuelve cuando se indique.)

PILAR (A LUIS.) Tu conducta me pone en ridículo.

LUIS Tus quejas, que son ridículas.

PILAR Ya sé que el mundo toma á risa los engaños conyugales, mientras no los moja la sangre.

LUIS Tendrías razón para hablar así, cuando fuera evidencia lo que no es sino una suspicacia tuya. ¿Qué has visto para enojarte? Que entro en el palco de esa mujer. ¿Y qué? ¿No puede existir con ella un conocimiento superficial, un trato inocente?

PILAR Conozco toda la superficialidad y toda la inocencia del trato de esas mujeres que pasan con cuatro palabras, del desconocimiento á la confianza; con cuatro monedas, de la frialdad al amor, y con cuatro minutos, de las palabras á los favores.

LUIS ¿Y por qué he de ser yo el favorecido? ¿Soy yo solo el que la trata?

PILAR Pues peor para tí: porque ó me ofendes sin provecho, ó recibes favores compartidos.

LUIS Ni lo uno ni lo otro. Te digo que he tenido solamente tres ocasiones para hablarla.

PILAR Han sobrado las tres para mi decoro, las las dos para tu victoria.

LUIS Visiones sin pruebas.

PILAR (Que habrá visto ya, aunque lo ha disimulado hasta ahora, su abanico en manos de TERESA.) ¿Sin pruebas? He buscado en el palco mi abanico. No estaba allí. ¿Sabes dónde está? Desde aquí lo estoy viendo, testimonio desvergonzado de comunicación y de confianza entre vosotros.

LUIS (Aparte.) ¡Qué imprevisión!

PILAR Ya ves si hemos tenido desgracia; tú no puedes negar. Yo no tengo ya ni el recurso filosófico de hacerme la distraída. (Dice lo que antecede con amarga ironía, y después

de una pausa cambia de tono y dice:) Ahora toma tu abrigo. Al baile. (Con sarcasmo amargo.) ¡A divertirme! No quiero que nadie sospeche mi desdicha, ni que otro que tú me haga llorar con sus burlas. (Luis se va por el fondo.)

ESCENA VII

Pilar.—Teresa. —El General, que habrá vuelto poco tiempo antes con su abrigo.—Lola y Virtudes separadas y solas.

Pilar (Al General, en voz alta marcando y dando tono agresivo á sus palabras, con propósito de ofender á Teresa.) Querido General, sentiría perder mi abanico. Es un regalo. Haga usted el favor de pedírselo á aquella mujer. (Teresa hace al oirla un gesto altivo. Pilar, al notarlo, repite la frase.) A aquella mujer. No puedo bajar hasta allí. (Nuevo gesto de ira en Teresa.)

General (Aparte á Pilar.) Prudencia: una dama no puede hacer ciertas cosas. Yo lo arreglaré: yo, que sé tratar á esa gente. (Acercándose á Teresa y en tono suplicante.) Teresita, si mereciera el favor.....

Teresa (Con descoco.) Ya lo he oído. Yo se lo entregaré en persona. (Alto y con intención, y como fingiendo grandísima modestia y humildad.) Todavía no tengo embajadores á mi servicio.

General (Aparte á Pilar.) Haz como que no oyes.

Pilar Al contrario. Deseo oirla mientras estemos á solas.

General Están ahí esas mujeres. (Por Lola y Virtudes.)

Pilar Como si no hubiera nadie: son de su ralea: y la rival, por indigna que sea, atrae siempre como las serpientes. (El General se separa.)

Teresa (Separándose de Lola y Virtudes con las cuales estaba, y dirigiéndose á Pilar.) Señora: he en-

tendido que pertenece á usted este abanico que he hallado casualmente.

PILAR (Recibiéndola con altivez desdeñosa, sin mirarla, sin moverse de su sitio, ni cambiar de postura.) Creo que sí.

TERESA Siendo así, debo devolvérselo.

PILAR Es audacia devolverlo directamente.

TERESA Mayor audacia fuera quedarme con él siendo ajeno.

PILAR Estas señoritas son muy escrupulosas en retener lo ajeno..... cuando lo ajeno no es un marido.

TERESA ¿Supone usted que me he acercado para dejarme insultar?

PILAR ¿Y usted supone que la he dejado acercarse sino para insultarla?

TERESA No hay derecho para ello. Sé tratar bien y mal. Porque he tratado con toda clase de personas.

PILAR Confieso que me lleva usted esa ventaja. Yo solo he tratado con las decentes. ¿Y dónde ha encontrado usted ese abanico?

TERESA En un pasillo.

PILAR Es extraño, porque lo dejé bien seguro en mi palco, y los abanicos, aunque hacen aire, no vuelan. Es preciso que lo hayan encontrado allí.

TERESA No tengo todavía el honor de entrar en los palcos de los aristócratas. Prefiero que los aristócratas vengan á mi palco.

PILAR (Con ira y mirándola de alto abajo.) A llevar lo que pertenece á las mujeres honradas.

ESCENA VIII

DICHOS.—LUIS, que vuelve con su abrigo. Al verlo TERESA, se separa de PILAR. Ambas quedan desconcertadas.

LUIS ¿Qué pasa aquí?

TERESA Nada..... caballero.

PILAR Mucho, Luis mío. (Marcando la frase y mirando

á TERESA con altivez.) Porque yo sola puedo llamarlo así en voz alta y sin avergonzarme por publicar un pecado.

GENERAL (Interviniendo.) Nada, nada. Pilar me encargó que recogiera su abanico.....

PILAR Y esa mujer se ha atrevido á acercarse á mí y á hablarme.

LUIS Y tú que has hecho?

PILAR Lo que hace la pasión celosa. Aprovechar la ocasión para desahogarme.

TERESA Porque le devolvía lo que era suyo.

LUIS (Se acerca á TERESA con malos modos y le recoge bruscamente el abanico.) Venga eso. Con las señoras solo hablan sus amigas. (Dando el abanico á PILAR.) Toma.

PILAR Tocado por aquellas manos ese abanico me encendería la cara de vergüenza.

(Lo toma y lo arroja al suelo con ademán de desprecio.)

TERESA (Aparte con ira ahogada y mirando alternativamente á PILAR y LUIS.) Me maltrata por primera vez. ¡Y en público y por ella!.... Me las pagará!

LOLA (Al GENERAL, que se habrá acercado disimuladamente á ella.) Necesito verte esta noche á la una.

GENERAL (A LOLA.) Imposible. ¡Bonita está la noche!: de borrasca.

LOLA (Al GENERAL.) Te aguardo en casa de Teresa.

GENERAL (A LOLA.) Tengo que ir al baile.

LOLA Te concederé una hora más: á las dos.

GENERAL Te advierto sériamente.....

LOLA ¿Qué?.... (Con seriedad.)

GENERAL (Con humildad.). Que no me hagas esperar como siempre.

LUIS (A PILAR tratando de tranquilizarla.) ¿Estás satisfecha?

PILAR ¿Porque no me has humillado en público ante una aventurera? Estoy tan privada de consideraciones que tengo que agradecerte ésta.

GENERAL (Interviniendo.) Vamos, haya paz..... eterna.

PILAR Con una condición. La de irnos á vivir fuera de Madrid desde mañana.

LUIS No puedo: tengo aquí negocios pendientes.

PILAR Pues mira lo que haces esta noche. Vas á decidir de nuestra suerte.

LUIS ¿Buscas un escándalo?

PILAR No lo busco: pero lo aceptaré. Escoge entre tu esposa y tu manceba.

UJIER (A PILAR.) El coche de la señora. (PILAR toma el brazo del GENERAL y se dispone á salir. Vuelve la vista para mirar á LUIS y al ver que éste se detiene rompe á llorar procurando ahogar el llanto.)

PILAR (Al GENERAL.) ¡No puedo más!

GENERAL ¿Lloras?

PILAR ¡Le quiero tanto! (Se van PILAR y el GENERAL. Poco antes habrán vuelto LORD RAYMOND y el VIZCONDE con sus abrigos.)

TERESA (A LUIS bajo y al pasar junto á él.) Hasta luego.

LUIS (A TERESA del mismo modo.) Hasta mañana.

TERESA (A LUIS en tono de amenaza.) Hasta luego, ó todo acaba.

LUIS ¡Maldita pasión! (Se va detrás de PILAR.)

LOLA Empieza á salir la gente.

LORD El acto va á terminar.

LOLA ¿Qué cantan?

LORD ¡El *Adío!* La marcha real de las pecadoras.

(Cuando se dice que empieza á salir la gente, se abren las puertas del fondo y aparecen por ellas grupos de señoras y caballeros elegantes, como saliendo del teatro. Al abrirse la puerta viene de adentro el sonido débil como lejano del *Adío* de la *Traviata*, que se supone cantado en el teatro. A su compás van saliendo majestuosamente TERESA, LOLA y VIRTUDES poniéndose sus abrigos. El VIZCONDE y LORD RAYMOND se disponen á salir también por otro lado. Para hacer el cuadro, ningún personaje debe desaparecer del escenario mientras no caiga el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala de confianza en casa de TERESA. En el fondo, y comunicando con la sala por dos puertas, dos habitaciones; la de la izquierda figura ser una antesala de entrada; la de la derecha un gabinete. Mueblaje rico: en el centro de la escena una mesa con barajas y una lámpara. En lugar visible un aparato telefónico. A un costado una chimenea encendida. Junto á la chimenea butacas y una mesita. Los personajes visten, exceptuando los abrigos, los mismos trajes que en el acto primero, porque entre ambos media solo una hora. Unicamente PILAR traerá puesto el abrigo cuando entre.

ESCENA I

TERESA.—LOLA.—TULA. Aquélla tiene en la mano un periódico.

TERESA (Dejando el periódico.) ¡Qué tonta está hoy la prensa! Ni revista de toros, ni de salones: ni siquiera un crímen que distraiga un rato.

LOLA Todo te fastidia.

TERESA (Con viveza y aplicando el oido.) Calla.....

LOLA ¿Qué?....

TERESA Me parece que llaman. (Toca un timbre de pared y viene TULA, á la cual pregunta TERESA:) ¿Ha sonado el timbre?

TULA El de esta habitación.

TERESA El de la puerta.

TULA Nadie lo ha oído.

TERESA Me pareció..... (A TULA.) Tened cuidado. Dí que tengan preparado el té.

TULA Estará á punto.

TERESA Lord Raymond no puede pasar sin él.

LOLA ¿Habeis puesto barajas? (Registra la mesa.

Aquí están. Mi General no puede pasar sin el juego.

TERESA ¡Qué horitas de venir! La una y media. (A TULA, que está aguardando órdenes.) Quítame esta pedrería: me duele la cabeza. (TULA la quita de la cabeza un adorno de brillantes y lo coloca sobre la mesa.) No, ponlos en su estuche. Trata bien á mis mejores amigos.

TULA ¿Qué amigos?

TERESA Los brillantes: son los únicos que favorecen la cara. Dame ese espejo. (Le da uno de mano, que habrá sobre la chimenea ó algún mueble. TERESA se mira en él.) Arréglame estos pelos. (Se los arregla.) Vete. (Se va TULA, llevándose el adorno de brillantes.)

LOLA Pareces una niña que aguarda por primera vez al novio. Bien se conoce que tu Luis es un buen mozo. ¡Si fuera mi General! No me aburro sino cuando le tengo al lado. ¡Cosa más aburrida que ver á los hombres!

TERESA Hay una cosa que me aburre todavía más que verlos: esperarlos.

LOLA «¡Cuando te digo que esa impaciencia es sospechosa! ¡Qué bueno fuera que te hubieses enamorado!

TERESA ¡Líbreme Dios! Aunque pienso que estoy libre. El amor y el sarampión son enfermedades de chiquillos.

LOLA Hay excepciones en que suele repetir el mal: sobre todo, viviendo como nosotras entre enfermos.

TERESA En naturalezas desgraciadas. Pero hoy por hoy sólo siento un amor: eso sí, apasionado, invencible; el amor propio herido por esa..... señora.» ¿Me vencerá esta noche? ¿Se lo llevará á la Embajada? Nunca he deseado más verlo entrar por esa puerta. Tarda mucho.

LOLA Comprendo que estés impaciente, no por

lo que tarda Luis, sino por lo que tarda tu venganza.

TERESA Por eso, por eso.

LOLA De manera que hoy truenas con él y le plantas de patitas en la calle. Me alegro.

TERESA ¿Piensas recogerlo?

LOLA ¡Yo!

TERESA Pues entonces, no creí que me tuvieras por tonta. ¡Plantarlo en la calle! ¡Sería bueno que al preso insubordinado se le diese, por pena, la libertad! No, hija, no: grillete y recargo de servicio.

LOLA La verdad es que no debíamos dar oídos á los hombres casados: tienen sus inconvenientes.

TERESA Nadie los llama: vienen ellos solitos.

LOLA Y si valiera mi consejo ya habrías dejado á Luis y tomado al inglés.

TERESA Mi sombra rubia, como le llamo, porque me sigue á todas partes. No me hables más del inglés. (Con impaciencia y paseando precipitadamente.) Ahora soy española, africana: negra de corazón: vengativa.

LOLA ¡Estás atroz!

TERESA Mañana quizá te diga que no me hables del español..... Pero hoy.....

LOLA Está de tanda.

TERESA Háblame de tu veterano.

LOLA He acabado mi gran trabajo. El General me ha prometido dar calabazas á la niña que le persigue.

TERESA ¡Y qué te importa que se case! La niña no le enamorará: es fea.

LOLA Será mujer fea: pero *su* mujer.

TERESA ¿Y qué?

LOLA Que él será su marido y me lo reservo para casarlo.

TERESA ¿Con quién?

LOLA Con la única mujer á quien protejo: con-

migo. No soy una niña y tengo que ir pensando en la otra vida.

TERESA ¿Temes morirte?

LOLA La otra vida, quiere decir la vida..... arreglada.

TERESA ¡Arreglada! Pues en la tuya, lo que te ha sobrado son arreglos.

LOLA No he tenido tantos. Seis antes y ahora uno, el General: siete.

TERESA Según como coloques los números. Puestos el uno debajo del otro, seis y uno siete. Puestos el uno al lado del otro, horizontalmente, seis y uno sesenta y uno.

LOLA (Con ingenuidad.) Siempre pierdo la cuenta. Por lo mismo quiero dejarme de hacer números.

TERESA Y en realidad tienes años.....

LOLA (Con malicia.) Cuatro más que tú. Conque puedes decir los que tengo.

TERESA Pues eres muy joven. Pero á pesar de tu gancho no le pescas. Picas muy alto.

LOLA Donde han picado otras amigas nuestras. Parece que no vives en Madrid.

TERESA Tienes razón: no sería el primer casamiento desventajoso..... para nosotras.

LOLA ¿Para nosotras?

TERESA Porque el hombre que desciende á casarse con..... esas, tiene siempre menos vergüenza que ellas.

LOLA (Ofendida.) Teresa, ¿es caridad ó envidia?

TERESA Será envidia. Pero estamos á solas, ¿vamos á engañarnos nosotras mismas?

LOLA En fin, allá veremos. Nada pierdo con tentar la suerte: y si después del viaje de este verano no me asciende á generala....

TERESA Entendido: le dejas de cuartel.

LOLA Y doy á otro su mando.

TERESA (Con viveza.) ¿Han llamado?

LOLA Ahora sí.

ESCENA II

DICHAS.—EL LORD.—EL VIZCONDE.—VIRTUDES.—EL GENERAL, todos por la izquierda. Al aparecer los nuevos personajes en la puerta, TERESA se vuelve á su sitio con despecho.

TERESA Para estos zánganos no debo molestarme. (Se tiende con toda comodidad en una butaca ó sofá, y los recibe sin disimular el mal humor.)

VIRTUDES (Acercándose con zalamería á TERESA.) No dirás que tardo: apenas he estado en mi casa media hora, y vengo ya dispuesta á hacerte la tertulia hasta cuando quieras.

TERESA Tendré que agradecérselo á ese chico, cuya presentación nos ha anunciado el General.

GENERAL (Presentando al VIZCONDE á las tres mujeres, que continúan hablando sin atender ni mirar.) Aquí está nuestro hombre, digo, vuestro hombre; hijo de un veterano camarada mío. Excelente muchacho; buen corazón, mala cabeza, muy desocupado y muy sencillote. (Las mujeres siguen sin atender. El GENERAL dice aparte al VIZCONDE:) Me parece que el panegírico no hace efecto.

VIZCONDE Claro: les dice usted que soy tonto.

GENERAL Precisamente eso es un elogio ante estas mujeres. Como que solo los tontos las mantienen. Allá va lo principal. (Alto á las mujeres.) Os presento cuarenta mil duros. (VIRTUDES vuelve la cabeza con rapidez y pregunta:)

VIRTUDES ¿De capital?

GENERAL De renta.

(TERESA también le mira, y todas le examinan con cuidado.)

(Al VIZCONDE.) Ya estás bien recomendado.

VIZCONDE Me enorgullece ser introducido aquí por hombre tan digno, tan serio y tan ex-

perto conocedor de los recursos oratorios. (Al GENERAL aparte.) Ya ve usted que le adulo sin merecerlo.

GENERAL (Aparte al VIZCONDE.) No haces más que corresponderme: todavía te he adulado demás.

LOLA (A TERESA aparte.) ¿Esos cuarenta mil duros serán duros falsos?

TERESA Verdaderos. Es muy rico y además muy dadivoso.

LOLA Pues eso..... no es un chico: es el premio gordo.

TERESA ¿Pensais rifároslo?

LOLA ¿Y por qué no me lo ha presentado antes ese viejo?

TERESA Por eso que estás pensando ahora. Porque os teme.

LOLA ¡Bah! si el muchacho es tonto.

TERESA Pero tú lista: y ahí está el mayor peligro.

VIRTUDES (Acercándose al VIZCONDE.) Caballero, tengo mucho gusto.....

GENERAL (Al VIZCONDE por VIRTUDES.) La señorita Virtudes, la inocencia salvaje de la casa. Hermosa cabeza; algo aligerada de seso. Por lo demás, elegante, graciosa, huérfana, que es otra ventaja, y de una familia que fué rica y dignísima, y que ha venido muy á menos en todo.

VIRTUDES Eso sí: creo que aquí solo hay tres personas decentes. Nosotros. (Por el GENERAL, el VIZCONDE y ella.)

GENERAL Me parecen muchas.

VIRTUDES Pues bien, dos: usted y yo. (Por ella y el GENERAL.)

GENERAL (Apartándose y para sí.) Siguen pareciéndome muchas.

(Se separan de Virtudes el GENERAL y el VIZCONDE y éste dice á aquél aparte:)

VIZCONDE ¡Lástima de figura! Está hueca.

GENERAL Pues si no, ¿estaría entre estas mujeres?

VIZCONDE Es una contrariedad.

GENERAL ¿Pero tú la quieres para institutriz?

VIZCONDE Sin embargo.....

GENERAL Entonces bastante sabe con haber sabido proporcionarse esa cara. La hermosura es el talento de las mujeres, como el talento la hermosura de los hombres.

VIZCONDE Convencido.

GENERAL (Presentando mútuamente al VIZCONDE y á RAYMOND.) Lord Raymond, *sportman* inglés. El vizconde de la Dehesa; una de nuestras primeras ganaderías. (Se saludan ceremoniosamente.)

LORD Y á lo que entiendo, aficionado á esa niña.

VIZCONDE ¿Acaso usted también?....

LORD ¡Oh! no. Es bonita, pero fría. Para frías, las tengo más frías en Inglaterra.....

VIRTUDES (Que ha vuelto al lado del VIZCONDE y oído estas palabras del LORD, se interpone y dice á éste, empujándole hacia TERESA:) Usted hable solo de lo que le interesa.

LORD Si hablara solamente de lo que me interesa, no hablaría nunca.

TERESA (Al GENERAL, que se habrá acercado á ella después de presentar á RAYMOND y al VIZCONDE.) Más valía que me hubiera usted traído á Luis.

GENERAL Ese sabe el camino.

TERESA ¿Vendrá?

GENERAL Aunque sea por quince minutos. En cuanto halle distraída á su mujer en el baile.

LORD (A TERESA.) ¿Irá usted mañana á los toros?

TERESA Si el tiempo lo permite.

LORD ¿Y quién es el tiempo? ¿Luis?

TERESA El tiempo es mi voluntad.

LORD Si no hay otra prohibición, ofrezco á usted un palco.

TERESA Lo acepto. Nadie puede prohibirme nada cuando yo me lo permito. ¿Pero le gustan los toros?

LORD Sin duda.

TERESA Pensé que no le gustaban sino las corridas de caballos.

LORD En Inglaterra, los caballos; en España, los toros. Persigo lo inútil por todas partes.

TERESA ¿Y me persigue á mí? Muchas gracias. (TERESA y RAYMOND continúan hablando bajo.)

VIZCONDE (Cogiendo por un brazo al GENERAL y llevándolo aparte. Ambos se sientan á un lado de la escena. Enfrente están TERESA y el LORD. En el fondo LOLA y VIRTUDES formando tres grupos.) Es una niña singular.

GENERAL Apresúrate, porque pronto será plural.

VIZCONDE Conozco que es tonta, y me gusta.

GENERAL Como que haréis una pareja muy igual.

VIZCONDE ¿Y cuál es su historia?

GENERAL Lo mejor de su historia es que es una historia por venir.

VIZCONDE Tendrá antecedentes. Todo el mundo los tiene.

GENERAL Buenos hasta ahora. Vive en compañía de una señora anciana, en el piso cuarto de esta casa. Esa vecindad es el origen de su conocimiento con Teresa. Estas estrellas rojas suelen acompañarse de satélites que viven de su reflejo. De ello sacan ventaja recíproca: la cortesana, porque hace ver así que trata con personas honradas, á lo menos de buenas familias; y el satélite, porque goza de comodidades y exhibiciones, que no le permitiría en otro caso su pobreza de luz. Visten bien con los desperdicios del lujo. El abrigo estropeado, el sombrero cuya moda va á pasar, el traje ya lucido algunas veces, todo lo que la vanidad mujeril desecha por visto, ó el capricho cambia por lo más nuevo, pasa en herencia á esos cuerpos fáciles á todo acomodamiento. Además pasean en coche,

tienen teatros, disfrutan de las diversiones caras, y unas veces comiendo en las mesas, otras gustando de las golosinas regaladas, entretienen sus estómagos vacíos.

VIZCONDE Meritorias del vicio.

GENERAL Pero ascienden con facilidad al empleo efectivo; porque los estímulos picantes del medio en que viven las llevan pronto á poder de un amante rico. Entre tanto, se reducen sus oficios á conquistar lealmente á estas mujeres, siempre que no pueden conquistarles sus hombres.....—¡Ya ves si son leales!—Y sus ambiciones á bajar del piso cuarto al principal: un descenso.—¡Ya ves si son modestas!

VIZCONDE Y parece haber recibido educación fina.

GENERAL Y aún se afinará más. Le falta el afinamiento del estrago. Estas mujeres son como los cuchillos; se afinan cortando carne.

VIZCONDE Habla como un *sportman,* de caballos, perros, pichones y toros.

GENERAL De lo que únicamente oye hablar aquí. ¿Quieres que hablara de ciencias morales? Los sabios no ponen casa al vicio; no porque no tengan vicios, sino porque no tienen dinero.

LOLA (Al VIZCONDE.) No haga usted caso al General; va á pervertir á usted.

GENERAL ¿Queréis el privilegio exclusivo?

TERESA (Con ironía.) Sí, pues usted se ha pasado la vida dando virtud..... á los demás.

LORD Por eso no le ha quedado para él ninguna de las virtudes.

VIRTUDES ¿Me llamaba usted?

LORD Por ahora, no.

VIRTUDES Como me llaman Virtudes.....

LORD Sea por muchos años.

VIRTUDES Pues mire usted, no me gusta el nombre. Es de beata ó de vieja.

LORD No le corresponde por ningún concepto.

GENERAL Y ya ve cómo tiene decidido empeño en cambiarlo.

VIRTUDES Si consistiera en mí solamente.....

GENERAL Pero ciertas virtudes..... son como la guardia civil: marchan por parejas y necesitan un compañero para salir al camino. (Al VIZCONDE aparte.) ¡Ea! aquí no se gastan conversaciones generales. Siéntate junto á esa niña; y cógele la mano.

VIZCONDE Pero eso es abusar.

GENERAL Abusa, hijo, abusa.

VIZCONDE Me ha dicho usted que para las mujeres, lo más costoso es la primera concesión.

GENERAL Por eso éstas empiezan por las últimas.

(El VIZCONDE y VIRTUDES se sientan en el gabinete de la derecha, donde hablan en voz baja.)

LOLA (Con seriedad irónica.) Mi General, ¿se dignará vuecencia saludarme esta noche? (Dándole un pellizco.) Toma, por no haberme hecho caso hasta ahora.

GENERAL Perdona. (Retirándose.)

LOLA Acércate, no tengas miedo, estoy de buen humor.

GENERAL Relativo; me has dado un solo pellizco.

LOLA De buen humor, porque por complacerme no te casarás. ¿Es cierto, Periquito mío?

GENERAL ¡Periquito! (Con placer.)

LOLA ¡Se te cae la baba! Pues á mí también me emboba llamar Periquito á secas á un general invencible para todos menos para mí. Conque no te casas ¿eh?

GENERAL Puedes creerlo.

LOLA ¡Que bueno eres!

GENERAL ¡Celosilla!

LOLA Porque te quiero de corazón. Si yo quisiera por interés como otras muchas, como Teresa, por ejemplo.....

GENERAL Como es tu amiga íntima la desacreditas con conocimiento de causa.

LOLA No la desacredito; pero deseo que compares para que aprecies el tesoro que te ha tocado.

GENERAL Las mujeres me han querido siempre por mi persona, no por mi dinero.

LOLA Pues qué, ¿no tienes mucho dinero?

GENERAL Por eso precisamente lo conservo.

LOLA Bendigo á esas nobles mujeres. Son mi modelo. Pues bien, si yo te quisiera por interés, ¿qué me importaría que te casaras, siendo fea tu mujer? Pero quiero tu alma entera, tu vida toda. (Con ternura afectada y acariciándole el pelo con la mano.)

GENERAL No me descompongas la peluca: los envidiosos dicen luego que llevo el pelo postizo.

LOLA ¿Y qué te importa, si así te quiere tu Lola? (Sigue jugando con la peluca del GENERAL.)

GENERAL No juegues conmigo. Y menos delante de gente. Considera mi respetabilidad.

LOLA ¿Y para qué gastas peluca?

GENERAL Para que nadie me tome el pelo. (Dándole un golpe cariñoso en la mano para apartársela, y separándose de LOLA.)

TERESA (A RAYMOND, con quien habrá estado hablando en voz baja.) ¿Y se va usted pronto de España?

LORD Cuando usted quiera. He venido solo á ver dos cosas y tomar otras dos. A ver la Alhambra de Granada y los toros en Madrid: á tomar el sol y una andaluza. Falta esto último, que es usted.

TERESA La toma más difícil. Soy una píldora amarga.

LORD Pues se dora.

ESCENA III

DICHOS.—LUIS.—Después, cuando se indique, TULA y un criado.

(TERESA, cuando ve entrar á LUIS, se levanta y se adelanta á recibirlo con alegría. RAYMOND, al ver que TERESA le deja solo, entra en el gabinete con los demás.)

TERESA ¡Gracias á Dios! Creí que no venías.

LUIS Y solamente un loco podría venir, después de lo sucedido en el teatro.

TERESA Muy buena entrada: te adelantas á reñirme para que yo no te riña. Me has tratado como á una esclava.

LUIS Y tú me has comprometido, sin respeto al sitio en que estábamos ni á la persona á quien te dirigías. Eres una imprudente.

TERESA Es verdad. Pero las pasiones no tienen compás para medir lugares ni distancias. ¿De suerte que te quejas todos los días de mi frialdad, y cuando llega el caso te quejas también de que salte la pasión? Si tu mujer tiene celos de mí, ¿por qué no he de tenerlos yo de tu mujer?

LUIS Llámalos vanidad, soberbia.

TERESA ¡Soberbia! Si yo la sintiera, ¿qué no habría pasado esta noche? Pero me hago cargo de mi posición. Las pobres gatitas de entretenimiento hemos de contentarnos con los desperdicios de las casas, á cambio del desdén público. ¡Desgraciadas si no nos desquitasen las que reciben el homenaje en público y la indiferencia en la soledad!

LUIS Pues si conoces que tienes todo mi cariño, pedirme otra cosa es quererme mal.

TERESA Si no te quisiera, ¿qué conveniencia, qué deberes me obligarían á mentir? Todos tienen su crédito en el oficio que profe-

san. Las que vivimos para el amor, no tenemos crédito, cuando precisamente perecemos por haber amado mucho.

LUIS ¡Haber amado mucho! De ahí nace la desconfianza. ¿Por qué privilegio he de retener lo que otros perdieron antes y con tanto derecho como yo?

TERESA ¿Vienes á desenojarme ó á insultarme?

LUIS Siento celos de tu pasado, lo confieso. Nunca me hàs contado tu historia secreta.

TERESA No tengo historia secreta.

LUIS Mira que conozco una parte.

TERESA Por eso no la tengo secreta: todos la conocen.

LUIS Solo hay una averiguación dudosa. ¿Quién fué tu primer amante? No intentarás convencerme de que lo he sido yo. Vamos, dime el nombre.

TERESA Esas historias no salen sino en días claros, de confianza y de buen humor. Comprenderás que esta noche ni puedo confiar en tí, ni estar de buen humor.

LUIS Precisamente esta noche me debes más esas confianzas, siquiera en descargo de tus imprudencias.

TERESA En fin..... hoy tengo que hacer un esfuercillo extraordinario para la reconciliación. Pues vaya. (Se dispone á hablar, acercàndose mucho, pero de repente se queda parada y pensativa, y se retira como arrepentida de lo que iba á hacer, diciendo con mucho mimo:) ¿Pero vas á enfadarte?

LUIS Voy á agradecértelo.

TERESA ¿Y para qué quieres saberlo? (Sigue vacilando.)

LUIS Para saber á quién he de envidiar como al ser más afortunado de la tierra. Sería un hombre.....

TERESA Eso sin duda.

LUIS ..... De mucho dinero.

TERESA Eso no. Estais engañados. El dinero compra la vanidad; á lo sumo, las sobras del cariño. La mujer cuesta más, cuanto vale menos. Cuando vale mucho anda de balde, y toma precio en el mercado cuando ya no lo tiene en el alma. Mi primer amante fué..... el amor; un pobre, un desconocido; le quise tanto, que me engañó sin que yo me quejara; todo en él era hermoso, menos su corazón; no lo tenía; hoy tendrá mucho, porque se llevó el mío entero.

LUIS ¿Te abandonó? ¡Le odiarás ahora!

TERESA Le he agradecido toda mi vida el favor de aquel desengaño. Se me llevó el corazón, y con eso ya no pudo engañarme el segundo amante.

LUIS ¡Y no has vuelto á querer á nadie! ni á mí, tú lo has dicho, ¡ingrata!

TERESA ¡Ves cómo te has enfadado! Si no tienes valor para saber, ¿por qué has tenido curiosidad para inquirir?

LUIS Es verdad; sigue, sigue.

TERESA ¿Y con qué he de seguir?

LUIS Con tu segundo amante.

TERESA No lo he tenido.

LUIS Entonces saltaste al tercero sin tener segundo. Porque sé por lo menos de un francés.....

TERESA No; no fué el segundo. Mis primeros esplendores fueron patrióticamente dedicados á mi país. Solo cuando están en decadencia pasan las naciones á poder extranjero.

LUIS Entonces el segundo fué un habanero muy mozo y muy rico, á quien su familia envió á viajar por Europa.

TERESA ¿Lo sabes?

LUIS Ya lo ves.

TERESA ¡Pobre muchacho! Me quería con locura.

Por mi cariño, aunque no por mi instigación, desbarató su casamiento con una mujer que le hubiera hecho feliz. La niña estuvo á la muerte de pena. Y él adquirió una tísis, y al año, en Aguas Buenas, murió en mis brazos. ¡Pobrecillo! (Se lleva el pañuelo á los ojos y se detiene.)

LUIS. ¿Lloras? ¡Ah! Tienes buen corazón.

TERESA Pues claro. ¿O crees que las desgracias que ocasiono no me duelen?

LUIS Y de aquí pasamos al extranjero.

TERESA Pues bien, el francés. (Como forzada por la insistencia de LUIS.)

LUIS Te llevó á viajar por su país. Su familia era poderosa, y por separarlo de tí le retiró la pensión. El olvidó á sus padres, pidió al juego y á las deudas lo que le negaba su familia; fué encarcelado por una estafa en París, y entonces le abandonaste.

TERESA Abandonarlo, no; pero..... ¿qué iba á hacer con un preso?

LUIS Y él, desesperado.....

TERESA Murió. (Con tono siniestro y como esquivando el recuerdo.)

LUIS Sí, murió; ¿pero cómo?

TERESA Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

LUIS ¿Cómo?

TERESA Por suicidio. Te complace tocar la única sombra de mi vida. (Con gran disgusto.)

LUIS Aún tienes otra.

TERESA No, te lo juro; esa fué mi última desgracia. Exceptuado la de querer á un tontín, que eres tú, á quien dejo embobado, sin saber más que quererme: ¿no es eso, vida mía? (Dice estas frases cambiando de tono, con mucho mimo, como queriendo extraviar la conversación que le disgusta, llevándola á cosas alegres.)

LUIS Pero olvidas una historia.

TERESA No..... Sin embargo no lo afirmaré.

LUIS La de Enrique.

TERESA ¿Quién es Enrique?

LUIS Un hombre que se batió y fué herido por causa tuya.

TERESA ¿Por mi causa? (Como recordando.) Sí, creo haber amado á un Enrique. Pero habrá mucho tiempo, cuando ya no recuerdo ni su nombre ni su cara.

LUIS Ha poco más de un año.

TERESA ¡Ah! ¡Bien decía yo que habría mucho tiempo!

LUIS Teresa, tu corazón está muerto.

TERESA ¿Y tengo yo la culpa de no querer á todos los que me han querido? Confiesa que la batalla no es igual; ellos han sido ciento para una sola.

LUIS Y tú sola inconstante como ciento.

TERESA A ser constante con otros, ¿hubiera llegado á quererte? Con qué lógica, vosotros, salteadores de la virtud, pretendeis á las mujeres que aman ó que deben amar á otro hombre? ¿Te parece mucha mi debilidad? Pues entre mi historia y la de algunas mujeres á quienes honrais en público hay solo una diferencia: la publicidad. Su libro de memorias está manuscrito y encuadernado en las tapas de un devocionario: el mío, impreso, en rústica y abierto en un escaparate de la calle. Esto es, que tiene todavía un vicio menos; le falta la hipocresía de las buenas tapas.

LUIS Basta, Teresa; eres cruel.

TERESA Así sois todos. Pedis á la mujer la verdad desnuda. ¿Os la niega? La acusais de falsa. ¿Os la confiesa? La acusais de cruel. Bien temía yo caer en una inocentada, sacando el corazón á la boca. Se me ha ido la lengua con quien no sabe agradecer confesión tan íntima,

que tal vez no la hiciera ni al confesor á la hora de mi muerte.

LUIS Te la agradezco: pero me duele.

TERESA (Se levanta y toca un timbre.) Y ahora déjame ser cortés con mi tertulia. A no ser que la cortesía te parezca traición. (A TULA, que aparece por la izquierda.) Sirve el té. (TULA se va, TERESA se dirige al GENERAL y LOLA, quienes, durante el anterior diálogo de LUIS y TERESA, habrán estado sentados en un sofá del gabinete de la derecha hablando aparte en voz baja, como el VIZCONDE y VIRTUDES, y dice al GENERAL.) ¡Qué silencio! Usted habla y ella no contesta.

GENERAL Oyéndome se queda extasiada.

TERESA (Mirando á LOLA, quien efectivamente, dando durante la escena anterior bostezos y cabezadas, habrá reclinado la cabeza del lado opuesto al GENERAL, hasta quedarse dormida.) ¡Si lo que está es dormida! ¡Lola! (Llamándola.)

LOLA (Despertándose al tocarla TERESA, y restregándose los ojos.) ¡Qué! ¿Es ya hora de irse? (Con aburrimiento á TERESA, que está á su derecha, por cuyo lado ha dirigido su primera mirada.)

(Entran TULA y el criado con teteras, bandejas con pastas, tazas y demás menesteres para servir el té, los colocan sobre la mesa central del gabinete de la derecha y se van. LUIS sirve una taza de té á TERESA, que la toma en la sala. RAYMOND, el GENERAL, el VIZCONDE y VIRTUDES continúan dentro del gabinete tomando su té. LOLA estará con TERESA hasta que se indique.)

TERESA He traído del teatro una jaqueca..... (A LUIS, llamándolo.) Luis.

LUIS ¿Qué quieres?

TERESA Dame aquel frasco de sales.

(LUIS toma uno que hay sobre un mueble, y al entregarlo á TERESA, ésta lo deja caer y dice sin moverse.)

Se me ha caído. Recógelo. (LUIS lo recoge y se lo da.)

LUIS ¿Quieres más?

TERESA Nada.

GENERAL (A LUIS desde el gabinete.) Luis, que se enfría el té.

LUIS Voy allá. (Entra en el gabinete con los demás.)

LOLA (*Aparte á* TERESA *al ver la actitud servil de* LUIS.) Veo que se sometió el preso insubordinado.

TERESA Ya tú ves cómo está: con grilletes y en servicio mecánico.

(LOLA, *después de estas palabras, entra también en el gabinete.*)

TULA (*Entrando por la izquierda y llamando á* TERESA *desde lejos.*) Señorita.....

TERESA (*Sin moverse de su asiento.*) ¿Qué?

TULA (*Insistiendo desde su sitio.*) Señorita.

TERESA (*Se levanta, deja su taza en la mesita que hay junto á la chimenea, y dice bajo acercándose á* TULA.) ¿Hay algo que no puedan oir los señores?

TULA Por eso no me he acercado. Quiere ver á usted una señora, que viene acompañada de un caballero.

TERESA ¿Una señora? Vendrá equivocada. ¿Y no la conoces?

TULA Trae la cara tapada con el abrigo.

TERESA ¿Y la has dejado entrar?

TULA En el recibimiento. Desde esta puerta puede usted verla.

TERESA (*Mirando adentro desde la puerta.*) ¡Ah! ¡Es ella! ¡Qué fortuna la mía! y ¡qué desgracia la suya!

TULA ¿La conoce usted sin verle la cara?

TERESA Las mujeres nos conocemos mejor por los vestidos. Llévala á mi cuarto.

TULA Ya no es posible. Está aquí.

TERESA (*Contrariada.*) Pues llevárselo, no se lo lleva hoy. (*Dice para sí estas palabras y diciéndolas se dirige rápidamente á la puerta del gabinete, donde están todos los demás personajes, y la cierra. Después dice á* TULA.) Volando. Entra en el gabinete por el salón y dí al General.....

(TERESA *sigue hablando á* TULA *como dándola órdenes precipitadamente y en voz baja que no llega al público, el cual no debe enterarse de lo que se prepara.*)

ESCENA IV

PILAR.—TERESA.—Aquélla, al entrar, ve á TULA y entonces da cariñosamente la mano á TERESA, que, sorprendida, la toma.

PILAR ¡Querida mía!

TULA (Para sí.) ¡Bah! si son amigas.

PILAR (A TULA.) Véte; tengo que hablar con..... mi amiga. (Marcando la palabra "amiga." Se va TULA y entonces PILAR suelta despreciativamente la mano de TERESA, que aún tenía entre las suyas.)

TERESA No comprendo esta farsa.

PILAR He querido desorientar á esa criada. La supongo advertida y conocedora de los secretos de la casa. Si me presento en son de guerra, hubiera avisado de la presencia del enemigo á quien está encerrado ahí: y él hubiera huído.

TERESA No es mala la estratagema. Se ha apresurado usted mucho á entrar; deseaba recibirla en otra habitación.

PILAR Lo presumo; pero yo quería entrar precisamente en ésta. Por eso me he apresurado.

TERESA Veo que viene usted resuelta á dar una campanada. Por mi parte, soy quien menos pierde en ello.

PILAR Al contrario, ganaría. El escándalo es la reputación de los que no la tienen buena. Sobre todo, es un gran anuncio.

TERESA (Reprimiendo un arranque de enojo y haciendo por dominarse.) Y á qué debo esta visita inusitada en la cual yo gano tanto honor y usted.....

PILAR Pierdo mucho: lo sé: pero la culpa no es mía: sino de él, que me trae aquí tirándome del corazón.

TERESA Una señora honrada.....

PILAR Porque lo soy vengo. La que tiene un solo amor para toda la vida ¡que mucho que lo busque donde se le cae! ¿Escandalizaré, acaso, á las amigas de buen gusto? Pues peor para ellas, si por su marido, si por su propio decoro no arrostran la pestilencia de la cloaca.

TERESA Su marido no está aquí.

PILAR Lo habrá escondido, lo habrá secuestrado. Registraré la casa.

TERESA Piense usted con calma lo que intenta. Aquí las mujeres, por santos que sean sus propósitos, no recogen santidad.

PILAR ¿Y qué dirán de mí? Que mi marido me hace traición y á pesar de ello le quiero? La traición del hombre no deshonra á la mujer. Es como el áscua viva: no ahuma, solo abrasa.

TERESA (Impaciente y reprimiendo siempre su enojo.) Acabe pronto, porque estas horas son inoportunas para ciertos asuntos.

PILAR La indignación no tiene regulador de reloj: cuando golpea dentro del pecho señala su hora de hablar.

TERESA (Tratando de aplacarla y hablando bajo para impedir que la conversación sea oída desde el gabinete.) ¡Chits! Calma y poco ruído. Puede usted sentarse. Mis muebles no manchan.

PILAR Será lo único que no manche en esta casa. Estoy mejor en pié.

TERESA No me atormente, por caridad. No debe usted hablar conmigo. He amedrentado á hombres de mucho valor y abatido á mujeres de mucho mundo. Tengo la altivez mal intencionada que dan el desprecio público y el homenaje secreto. No me asusta el escándalo, ni me aterran los malos tratamientos, porque con ambos he vivido casi siempre; las injurias de usted.....

PILAR Serían siempre justicias dirigidas á usted.

TERESA Tendrían contestación acrecentada, porque la insolencia hallaría en mi boca fango más abundante que arrojar. Delante de gentes la haría apartarse por no oirme y callar por rubor. Pero á solas, me hace usted callar á mí. Hay todavía algo que me desconcierta, y me acobarda.... Ya ve si soy sincera..... El hablar con señoras honradas.

PILAR Naturalmente, la falta de costumbre.

TERESA (Haciéndose gran violencia para contener su enojo.) Es exacto: pero á lo menos tenga usted en cuenta esos respetos mios para no maltratarme.

PILAR Bien, responda usted. ¿Quiere usted á mi marido ó su dinero?

TERESA Esperaba una injuria en una frase; han salido dos injurias; una para mí, si le quiero, porque me paga; otra para usted, si le quiero, porque me quiere.

PILAR Hay que dar por cierta solamente la de usted, y en tal supuesto, vamos á contratar la paz como buenas comerciantas. ¿Cuánto calcula usted obtener en este..... negocio? Señale la cantidad: yo se la doy, y usted se ausenta de Madrid.

TERESA Nunca he sabido calcular. Si hubiera calculado no me hablaría usted de esta manera. Viene usted engañada, señora mía; seré una mujer mala; pero todavía mujer; quizá le han dicho que vendemos el amor, pero no vendemos el desamor. Si ha venido usted solo para eso, puede marcharse.

PILAR Venía á negociar la paz: ¿quiere usted la guerra?

TERESA Aún queriendo, no podría tratar por mi cuenta exclusiva. Dos voluntades inter-

vienen en esto: una es la mía, de la cual respondo.

PILAR Y la de Luis.....

TERESA De la cual él responderá á usted.

PILAR Pues no hay otro medio, la policía se encargará de usted, y luego los tribunales, que castigan el adulterio.

TERESA En la mujer casada. Conque mucho cuidado.

PILAR Y en el hombre.

TERESA Cuando tiene á la manceba en la casa conyugal, no cuando la casa conyugal se viene á la de la manceba.

PILAR Y cuando se ejecuta con escándalo.

TERESA ¿Y cómo se probaría el escándalo en un domicilio ordenado y pacífico, adonde asisten de ordinario miembros de la primera aristocracia, de la gran banca y de la alta milicia?

PILAR Podría probarse el escándalo si yo lo diera

TERESA Por eso me he propuesto no aceptar la provocación.

PILAR ¡Y qué me importa que la acepte ó no Quiero entrar..... ¿He dicho quiero? No voy á entrar en esa habitación. (Dirigiéndose al gabinete cerrado.)

TERESA No puede ser. (Interponiéndose.)

PILAR Está ahí, ¿eh?

TERESA No es por eso. Es por usted, que hallar gentes á quienes no debe ver sino desd muy lejos. Tengo lástima de usted.

PILAR Su lástima es mi mayor desdicha: dígam que me odia.

TERESA Y si yo no odio á nadie. Mi oficio es agra dar siempre. No será lástima, es respe to, casi cariño de mujer á mujer, por que todas somos desgraciadas, unas po amar mucho y otras por no amar nada Váyase; se lo suplico por lo que má quiera.

PILAR ¡Salga yo, y usted á divertirse contando el lance entre sus aventuras! Cuando me he resuelto á venir, he venido para más.

TERESA Váyase usted. Estoy en el cuarto de hora de buen juicio, y me dura poco. Aprovéchelo usted, mujer; que es locura no salirse de la jaula y hostigar á la fiera cuando no tiene gana de pelea. (Suena el timbre del teléfono que habrá colocado en la habitación. TERESA, al oirlo, dice con alegría.) ¡Gracias á Dios! ¡No me quedaba paciencia para dos minutos! (Se acerca al aparato y oprime el botón de llamada.) Va usted á irse..... (Movimiento y ademán negativo en PILAR. TERESA lo observa y añade.) Convencida de que no secuestro á su marido.

PILAR ¿Convencida? (Con incredulidad.)

TERESA Sin moverse de este cuarto.

PILAR Basta de burlas.

TERESA Burlas del diablo parecen las invenciones modernas. Acérquese al teléfono. Cuando oiga á su marido que habla desde otra casa, se convencerá usted de que no está en ésta. (Se coloca en el aparato en actitud de comunicar.) ¿Quién habla? (Ella misma fingiendo que repite lo que va oyendo.) El General. (A PILAR.) Tome usted. (La entrega el otro auricular y PILAR lo aplica al oído. Por el teléfono.) ¿Desde dónde? (Repitiendo siempre lo que oye.) ¿Oye usted? Desde el Casino. Está muy cerca: pero no en la casa. (Al teléfono.) General: ¿está ahí su amigo Luis? Sí. Dígale que se acerque al aparato. (A PILAR.) Ya está. ¿Oye usted su voz?

PILAR Comprendo la farsa. Me oyó ó fué avisado y salió á probar la coartada como todo criminal.

TERESA (Al teléfono.) ¿Cómo no están en la embajada? (Repitiendo lo que oye.) —Nos salimos para arreglar un lance de honor.

PILAR ¡Un lance! ¡Mi marido!

TERESA (A PILAR.) ¡Silencio!

PILAR ¡Y será por otra mujer! Merecía que le dijera: «Aquí me tienes como una de tantas. Me hiciste tu compañera y quiero serlo hasta en los vicios.»

TERESA ¿Oye? El lance ha ocurrido entre un diplomático y un.... (Al teléfono con precipitación.) Buenas noches: adiós!

PILAR (Repitiendo lo que oye.) ¡Adios, Teresa mía! (Con dolor profundo.)

TERESA (Separándola rápidamente del aparato.) No escuche más.

PILAR ¿Y para qué? He oído más que si él hubiera estado aquí. Ha de oirme. (Quiere acercarse al teléfono. TERESA oprime rápidamente el botón de aviso que anuncia el corte de comunicación.

TERESA Ya no. Está cortada la comunicación.

PILAR (Insistiendo.) Se reanuda.

TERESA Digo que no. (Toma los hilos del aparato y los arranca violentamente, PILAR oprime el botón. TERESA se separa tranquilamente del teléfono y dice:

Llama usted inútilmente. He roto el hilo y no funciona por hoy.

PILAR (Llorando.) ¡Teresa mía! ¡A una perdida, lo que no me ha dicho á mí en cuatro años de amor y de honradez! ¡Cuánto me humilla y qué poco valgo para él!

TERESA Le dije que la lucha era desigual. Las señoras no saben sino llorar. Nosotras hacer llorar. Sus dolores van á los ojos: los nuestros salen á la boca en vómito de injurias.

PILAR (Reponiéndose y con dignidad aunque con dolor. Cuando vuelva, dígale que aquí tiene su casa para siempre: porque la mía se le ha cerrado. En este momento me traslado á la de mis padres. (Se dispone para salir. TERESA intenta acompañarla. PILAR se vuelve y se lo impide con un gesto y ademán de altivez desdeñosa. TERESA se queda á distancia y PILAR se va

ESCENA V

TERESA.

¡Pobre mujer! Casi una niña, y engañada como si fuera una de esas viejas que mantienen á un desvergonzado. ¡Y sufre por mí! ¡Cuántas lágrimas nos costamos unas á otras! «¿Por mí? No, por ese hombre que me da sin merecerlo todo el cariño que merece ella. No es mía la culpa de esto, ni de sus celos, ni de mis aventuras, ni siquiera de mis primeros extravíos. La culpa es de los hombres que nos acosan, que nos sacrifican á lo que llaman su pasión. ¡Su brutalidad! como el lobo sacrifica todo á su hambre de carne. Son crueles. ¡Entregarles para toda la vida, libertad, corazón, y verlos despreciados por un ingrato que rinde los suyos á otra mujer!» ¡Cuánto debe odiarme! Y con razón. Cuando pienso que esto me ha sucedido, que puede sucederme, se me van los buenos sentimientos y aborrezco á todas las mujeres. Y á ésta, porque me ha insultado desde la altura de su posición y de su respetabilidad: porque me ha pisoteado, machacado con su taconcito aristocrático. ¡Y con qué altivez! ¡Con qué superioridad! Como si toda la nobleza de la mujer no estuviera en la cara como los blasones en las fachadas! Aguante su hora como yo aguanté la mía. También fuí engañada, también me hicieron llorar otras mujeres cuando era todavía más niña que ésta. ¡Cuánto reí con mi primer amor y cuánto lloré

con mi primer desengaño! Pues vayamos llorando todas por turno. (*Transición, procurando alegrarse.*) ¡Ea! ¡Pasaron las visiones negras!

ESCENA VI

TERESA.—El GENERAL, que aparece en la puerta izquierda cuando TERESA dice las palabras anteriores.

TERESA (*Al ver al* GENERAL.) Y llegan las visiones viejas. (*Con interés.*) ¿Y Luis?

GENERAL No te apures: ha venido conmigo y queda hablando con tu doncella.

TERESA Averiguando. ¡Siempre escamón! Gracias, amigo mío: me ha sacado usted de un buen apuro.

GENERAL No hubiéramos presenciado ningún idilio si Luis y Pilar se encuentran aquí.

TERESA ¿Y con qué pretesto lo sacó usted?....

GENERAL Fingiendo que un amigo nos llamaba para un lance de honor. Pues si no, ¡cualquiera le arranca! Por que eso sí, él será todo lo que se quiera, pero no hay otro para mirar por el honor..... de los demás!

ESCENA VII

DICHOS y LUIS.

LUIS ¿Podré saber la razón de esta farsa? Porque el sacarme de aquí con pretesto de apadrinar á un amigo que luego no aparece: la llamada al teléfono, el corte repentino de la comunicación, todo demuestra que hay un misterio.

GENERAL Pues créelo, ha habido lance y gordo.

LUIS Comedia y burda, en la cual yo soy víctima, tú autora y éste comparsa.

GENERAL ¡A mí comparsa! ¿Me injurias porque trabajo por tu bien?

TERESA ¿Van ustedes á reñir por esto? Puede usted explicárselo todo.

GENERAL (A TERESA.) ¿Pero la verdad ú otro lío?

TERESA Ahora la verdad. Está levantado ya el secreto.

GENERAL (A LUIS.) Pues bien; yo he inventado lo del desafío, para llevarte al Casino, y te he llevado al Casino para hablar por el teléfono, y hemos hablado por teléfono porque ésta me lo encargó, por conducto de su doncella. ¿Para qué? Para que te oyera una persona que estaba aquí.

TERESA Y con la cual no debías encontrarte.

LUIS Una mujer: me lo ha dicho Tula.

TERESA Efectivamente: una mujer: la tuya.

LUIS ¿Aquí?

TERESA En tu mismo sitio.

LUIS ¡Imposible! La educación impone barreras.....

TERESA De sedería; y toda mujer celosa lleva dentro una fiera que las rompe.

GENERAL (A LUIS.) Ten cordura, á lo menos por esta noche. Contenta á Pilar; entona el «yo pecador» y quizá sea todavía hora de perdón. Si no va á llevarte el demonio.

LUIS ¡Al fin dió el escándalo!

GENERAL Conque anda: vete á tu casa.

LUIS Sí, sí; debo irme.

TERESA (Con energía como oponiéndose.) ¡A tu casa, no!

GENERAL Qué ¿te opones?

TERESA (Reponiéndose y variando de tono para no venderse.) ¿Yo? No. Digo que á tu casa no, porque no encontrarás en ella á tu mujer. Desde aquí se ha trasladado á la de su padre. Ella misma me ha encargado que te

lo diga, y añadido que aquí tienes tu casa para siempre.

GENERAL ¡Vaya, vaya! Esto se pone muy malo. Entendeos los dos solitos. Bastantes líos tengo con los propios.

(Se dirige al gabinete, abre la puerta, que estaba cerrada, y se pone á hablar con LOLA y los demás personajes, permaneciendo todos dentro del gabinete hasta que se marque su salida. LUIS y TERESA quedan solos en la escena.)

TERESA (A LUIS.) Conque ya lo sabes todo.

LUIS Pero no lo que ha pasado entre vosotras.

TERESA Puedes suponerlo.

LUIS ¿Os habréis maltratado?

TERESA Por mi parte le he tenido más respetos de los que imaginé. Ella, sí me ha tratado..... como en el teatro. Buen geniecito gasta para dejarse sopapear! Comprendo que venga á cazarte como á un colegial huído de las faldas de la madre.

LUIS Este paso es vergonzoso para ella y para mí.

TERESA (Aparte.) (Ya tengo entre las manos la cuerda con que he de sujetarlo). (Alto á LUIS.) Para ella no: al contrario, la favorece esta prueba de su cariño y de..... su valentía. Para tí, sí: porque aunque te lisonjée su cariño, el valor de la mujer siempre ofende al marido, que es quien debe tenerlo. (Con ironía.) Y el General tiene razón. Vete, entona el «yo pequé» y pide perdón á mamá.

LUIS Su persecución me fatiga y tu ironía me enciende, y entre ambas me precipitaréis á este infierno que se ha desatado hoy contra mí y me está llamando á voces.

TERESA Está bien. Te alejo de aquí para evitarte un disgusto; sacrifico por ella y por tu reposo lo que más quiere una mujer, ¡la vanidad!; y este es el pago. Yo tengo

la culpa por querer á quien no se pertenece. Hay un castigo providencial para las pasiones indebidas.

LUIS Lo sé: pasiones indebidas, que aún llevando esa maldición, atraen como las legítimas; ¡más que ellas! Pero ni á tí si me quieres, ni á mí que te quiero, es imputable este cariño. El amor viene de arriba ó de abajo: pero siempre de fuera. No se le siembra en línea ni se le guía á voluntad como arbolillo doméstico. Como planta salvaje, nace porque nace; cae donde cae; en la altura ó en el precipicio; de cara al sol ó retorcido entre malezas; junto al agua corriente que lo limpia ó en el cieno de la charca que lo corrompe.

TERESA ¡A quién vienes á demostrar la anarquía de las pasiones extravíadas! (Pausa. Se acerca á LUIS y le dice fingiendo abnegación:) Mira; yo pienso sériamente, á ratos perdidos. Vete, olvídame. Una mujer como yo no conviene á un hombre como tú, que no tiene libre la voluntad. (Con intención de picarle el amor propio.)

LUIS (Con fuego.) No está libre; ¿sabes por qué? Porque es toda tuya.

(TERESA, al oir estas palabras, sonríe pérfidamente, como saboreando su triunfo, y dice con coquetería:)

TERESA Galanterías de la boca.

LUIS Llamaradas del corazón.

TERESA Aunque lo sean, ya irás apagándolas y alejándote de mí.

LUIS ¡Si eso es lo que quiero y eso es lo que no puedo! Si permanezco clavado por una fuerza que me embarga, sorbido por un encanto que me atolondra, como si mi cuerpo tuviera aquí raíces, como si aquí hubiera nacido; más bien, como si me hubieran enterrado bajo un monte de

piedra que me incomunica para siempre con el mundo y con el cielo!

TERESA Lo que sientes no es amor; es..... costumbre. La costumbre lo hace todo: ¡hasta ella se hace pasión! Al primer día desearás volver. No te hallarás fuera de esta casa: todo te llamará á ella. (Coge á LUIS por una mano y empujándolo á un sillón que habrá al lado de la chimenea, lo sienta dulcemente en él: ella se sienta en un brazo del sillón, haciendo lo que dice.) Tu sillón junto á la chimenea: yo en los brazos del sillón. Así. ¿No es así como.... ya no estaré más? El té al lado: la taza única para las dos bocas. (Coge la taza que ella misma dejó antes en una mesita que estará al lado, y bebe un sorbo de té, dando luego á beber á LUIS con la misma taza. Después le extrae del bolsillo la petaca: saca un cigarro y lo enciende, colocándolo en seguida en la boca de LUIS, y diciendo al mismo tiempo de hacerlo.) Tu cigarro encendido en la mía. ¡Costumbre, hijo, costumbre! A los pocos días, ya estarás de mejor humor. Te acomodarás en otro sillón: beberás en otra taza: juguetearás con otra mano, como ahora con la mía.

LUIS ¡Cuál más querida que ésta!

TERESA Irás acostumbrándote á lo nuevo y lo nuevo irá agradándote más. Y entonces no desearás volver..... por la misma costumbre de no venir. Y al fin olvidarás mi cariño, y mis tonterías, y mis mimos; y no te sonará mi voz que te decía tantas cosas: irá desvaneciéndose en los tuyos el color de mis ojos y hasta las líneas de mi cara, y toda tu Teresa se habrá borrado de tu memoria como este humo va disipándose en el aire. (LUIS echa una bocanada de humo del cigarro y TERESA señala á él como siguiendo sus transformaciones.) ¿Ves? Ahora oleada que ahoga; ya gasa ténue que va deshilándose en hebras

que se enroscan; ya adelgazan, ya se cortan, ya nada: pasó, pasó para siempre!

LUIS Pasó esa ola; pero otra vendrá detrás, mientras mi corazón tenga fuego. No, no te olvidaré, porque ni puedo ni quiero olvidarte. (Con pasión creciente siempre.)

TERESA Te costará trabajo; lo sé. A mí también me ha cogido la costumbre de verte todos los días y siento así..... como ganas de llorar cuando pienso que no te veré; ó te veré desde lejos; sin saludarnos, sin mirarnos siquiera, como si nuestras manos y nuestros ojos no se hubieran juntado jamás; como ahora lo están! (Clavando en él una larga mirada de pasión.)

LUIS (Con gran exaltación y dominado, vencido ya por la fascinación que ejerce sobre él TERESA.) ¡Teresa, Teresa, me fascinas, me abrasas! No nos separaremos nunca, ni un momento, ni ahora, ni esta noche, pase lo que pase, venga lo que venga sobre mi casa, sobre mi cuerpo, sobre mi alma! ¡Cuál infortunio mayor que el de perderte!

TERESA No sabes cuánto me consuela hoy tu cariño!: lo necesitaba más que nunca ¡Me habéis tratado tan mal los dos! (Pausa breve.) Bueno; quédate esta noche y ¡siempre! Pero conste que lo haces contra mi voluntad, y exclusivamente por la tuya. No dirán ahora que te secuestro.

(TERESA hará y hablará toda esta escena fingiendo una dulzura y un amor extremados. La voz melosa, la mirada lánguida, todo apasionado. Jugará alguna vez con los cabellos y las manos de LUIS, empleando, en suma, todas las artes de la coquetería y los medios de seducción de una mujer que quiere fascinar á su amante, esclavizándolo, obligándole á someterse contra su voluntad, á olvidar los deberes conyugales y á quedarse á su lado sacrificándolo todo á la pasión.)

LUIS Me secuestra la fatalidad. ¿Me arrojan de mi casa? ¿Me dicen que ésta es la mía?

¡Pues séalo de verdad! (Se acerca á la puerta del gabinete donde están los demás personajes, llamándolos.) ¡Ea! ¡A jugar y á olvidar penas!

TERESA (Aparte y gozando su triunfo.) Le quería libre por esta noche y me lo entrega para toda la vida!

(LOLA, VIRTUDES, el GENERAL, RAYMOND y el VIZCONDE salen del gabinete y vienen á la escena, colocándose al rededor de la mesa del centro. LUIS y TERESA hacen lo mismo, disponiéndose todos para jugar. LUIS empieza á preparar las barajas para ello.)

GENERAL Unas manitas de monte.

LUIS Antes unos pases de treinta y cuarenta.

TERESA Mi juego favorito.

LUIS Por eso. (Empieza á echar cartas como en el treinta y cuarenta.) Ea; señores, voy á dar encarnado, el color alegre.

LORD (Aparte.) Jugaré negro; aquí no puede darse el color de la vergüenza.

VIRTUDES (Al VIZCONDE.) Nosotros dos haremos una vaca.

VIZCONDE (Sacando dinero.) Con mi ganado, por supuesto.

LUIS (Manifestando ya el resultado de la jugada.) Encarnado pierde y color.

(Hablan todos á la vez y confusamente y continúan jugando con animación, produciendo un ruído que no cesa hasta después de caer el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Sala de conversación de una fonda en San Sebastián. En el foro un rompimiento de tres arcos que dan á una terraza practicable, por la cual se sale al exterior del edificio. En el fondo telón de mar y cielo. Es de día.

ESCENA I

El General.—Luis.

Luis — Es tarde para retóricas y sermones. Por mucho que me prediques y yo me arrepienta, lo hecho, hecho se queda. Además, las circunstancias se imponen á los buenos propósitos. Separado desde aquella noche infausta de mi mujer, de quien era casi todo el capital; acosado por Teresa y por mi desgraciada pasión, obligado á vivir y vivir con lujo, ¿qué quieres que hiciera?

General — Lo que has hecho; trampas.

Luis — Lo que más me apura es no encontrar quien me preste con ninguna condición.

General — Naturalmente; las almas grandes no se apuran por deber mucho, sino por no poder deber más.

Luis — No solo me he arruinado, sino hasta perdido mi crédito personal, sobre el cual

he levantado deudas que estoy obligado á satisfacer ahora.

GENERAL Parece justo.

LUIS Pero es triste.

GENERAL ¿Deudas y tristeza? ¿Vas á pagar?

LUIS Imposible.

GENERAL Pues entonces sé generoso: quédate con las deudas, y deja los disgustos para los acreedores que no cobran; hay que darles algo.

LUIS No es día de burlas. El caso es más serio de lo que piensas. Mira esta carta que he recibido anoche. (Saca una que da al GENERAL.)

GENERAL (Después de leer.) Esto no es una deuda. Es una estafa.

LUIS Para vergüenza mía, ese es su nombre.

GENERAL Una estafa hecha á un comerciante de esta plaza de San Sebastián con un giro falso, por el cual puedes ir á la cárcel.

LUIS Y eso se propone si no le reembolso dentro de las veinticuatro horas.

GENERAL Pues, hijo, tu situación no tiene más que una salida; la que te he aconsejado.

LUIS La salida para América.

GENERAL La salida de todos los conquistadores. Con una diferencia: los antiguos iban para conquistar á los salvajes del nuevo mundo. Y tú vas en calidad de salvaje conquistado por los vicios del mundo viejo. Volveremos á ver al ministro de Ultramar, puesto que está aquí de jornada, antes que se vaya á Madrid y le asedien mayores compromisos.

LUIS Pero el destino á que puedo aspirar yo, que no he sido nunca empleado, es muy modesto.

GENERAL Mas modesto es ir á la cárcel por estafa. Con tu credencial puedes ajustar las paces con ese comerciante, comprome-

tiéndote á pagarle tu deuda con parte de tus sueldos, y salvas por lo menos la honra.

LUIS — Reconozco que tu proyecto es muy razonable. Pero dudo que prospere, porque el ministro no suelta prendas claras. No me fío de él.

GENERAL — El no se fía de tí. «Te conoce y sospecha que tu pretensión sea plan combinado por tí y por Teresa para alejarte de tu mujer. El mismo me lo ha confiado. Es hombre de buen corazón y compasivo con las esposas abandonadas. Esto es lógico, porque tiene á la suya en igual situación.» Además, es antiguo amigo de tu suegro, quiere mucho á Pilar y teme que tu viaje la contraríe, y que imposibilite vuestra reconciliación: por esto no se ha resuelto á hacer nada sin consultarlo antes con Pilar.

LUIS — ¡Y Teresa que está encaprichada con pasar el otoño en París!

GENERAL — No estás para viajes. Además, lo impiden tus conveniencias y la moral. La moral se impone siempre:.... sobre todo cuando no hay dinero para inmoralidades.

LUIS — Las exigencias de Teresa son cada vez más tiránicas. O he de ceder ó he de vivir en guerra constante, porque no conoce obstáculos como sean contra su gusto. ¡No sabes cuánto he sufrido en estos meses de verano que soñé tan felices! No hay entre nosotros más reposo que el del hastío, ni otra paz que la del silencio: en cuanto hablamos reñimos. La intimidad doméstica desvanece el encanto de los goces ilegítimos.

GENERAL — Es verdad. Por eso yo los he legitimado, casándome.

LUIS — Hemos hecho dos atrocidades; pero las car-

tas contrarias no se conocen hasta después que han venido. Yo he abandonado á una esposa honrada: tú has tomado una esposa.....

General. No sigas. Cuando yo me he casado con ella por algo será. Y si estuvieras soltero habrías hecho lo mismo y antes que yo. Mi Lola será una esposa modelo. Y á buena cara y á buen corazón nadie le gana.

Luis. Pero ¿y su historia?

General. ¡No parece sino que al darle mi mano le he dado alguna mano santa! Lola tiene treinta años de historia dudosa: yo cincuenta y cinco de historia indubitablemente mala. Por otra parte, vale más ser el último amante que el primer engañado de una mujer. ¡Buena diferencia entre Lola y tu Teresa! Si la hubieras visto durante el viaje que hemos hecho este verano. ¡Qué orden! ¡Qué economía! ¡Qué desinterés! ¡Demonio de chiquilla! Parece que inventó ese viaje para acabar de cautivarme. Me habitué á su compañía tanto y de tal modo, que me fué imposible prescindir de sus cuidados y resolví casarme. Tú la verás y lo comprenderás. Anteayer me indicó tímidamente su deseo de tener coche en cuanto volvamos á Madrid. Me negué y ¡qué sumisión!

ESCENA II

Dichos.—El Vizconde.

General. (Al Vizconde.) ¡Muchacho! ¿Tú por San Sebastián?

Vizconde. Acabo de llegar y me iré esta noche: estoy

en Biarritz desde la semana pasada con.....

GENERAL Con Virtudes ¿eh?

VIZCONDE Ya no hay tales Virtudes.

GENERAL ¿Qué? ¿Habéis tronado?

VIZCONDE Quiero decir que ya no se llama Virtudes. Tiene otro nombre de guerra: Lucrecia.

GENERAL ¡Se salió con la suya! Al fin perdió el nombre.

LUIS Una pájara que ha mudado.

VIZCONDE Sí: de dientes: ¡y qué fuertes! ¡Qué manera de masticar! Eso sí, ¡deliciosa! ¡Hemos hecho un viaje por Italia y Suiza! ¡Un encanto! ¡Qué noches en los lagos de Como y de Ginebra! ¡Qué noches!

GENERAL ¿*Como* y *Ginebra?* Vamos, que te ha comido y te ha bebido.

VIZCONDE Un costado.

LUIS ¿Y te vuelves pronto á Madrid?

VIZCONDE Este año, no. El médico me ha prohíbido aquel clima frío. Tengo esta tosecilla rebelde. Pasaré el invierno en Niza. Antes quizá iré á Aguas Buenas. Lucrecia quiere llevarme allí.

GENERAL Y te llevará, hijo, te llevará.

VIZCONDE (Despidiéndose.) Conque, hasta luego. Voy á ver á los amigos y luego al Casino á echar unas manitas de bacarrat. (Se va. Tanto al irse como durante la escena, el VIZCONDE toserá frecuentemente con la tos seca propia de los tísicos.)

GENERAL ¡Buena vida!

LUIS Si durara; que no durará.

GENERAL ¡Lástima de muchacho! Tenía poco pulmón para la *Lucrecia*. Opera fuerte.

(LOLA y TERESA cantan desde dentro.)

GENERAL (Al oirlas.) Por ahí suenan Lola y Teresa.

LUIS Así se anuncian las pájaras.

GENERAL (Ofendido pero cariñoso.) No dirás eso por Lola: es mi mujer legítima.

LUIS — Perdona: pero no me acostumbro á esa idea.

GENERAL — Conque ya sabes: le expones sin rodeos tu situación. Te niegas al viaje de París, y en su lugar emprendes el de Cuba. Ten valor y energía, como yo.

LUIS — (Con burla.) Y por tu parte, mucho cuidado con lo del coche.

GENERAL — (Con decisión.) A mí no me engancha.

ESCENA III

DICHOS.—TERESA con traje y látigo de montar á caballo.—LOLA con traje de playa. Entran por la terraza.

GENERAL — (A LOLA.) Adiós, querida.

LOLA — (Ofendida pero con cariño,) Ya no.

GENERAL — Siempre.

LOLA — No admito motes viejos.

GENERAL — ¡Ah! Eso es otra cosa. Quiere que la llamen «generala».

LOLA — Tampoco: me pareces un mayoral. (Con mimo.) Llámame «mujercita mía».

GENERAL — Veis que dulzura.

TERESA — (Con ironía.) La dulce alianza: confitería antigua. Un pastel hecho con una pasa. (Por el GENERAL.) y una almendra..... amarga. (Por LOLA.)

GENERAL — ¡Qué aspereza!

LUIS — ¿Y á dónde vais tan de mañana?

TERESA — Ya lo dice el traje: á dar contigo mi paseo á caballo. El ejercicio está muy recomendado detrás del baño.

LUIS — Yo no he tomado todavía mi baño.

TERESA — (Con imperio.) Pues no lo tomas hoy ó lo tomas después.

LUIS — ¿Después?

GENERAL — (Con burla.) También está muy recomendado el ejercicio antes del baño.

LOLA (Al GENERAL.) Eso se llama un hombre complaciente y una mujer feliz. Tiene caballos, coche, y sobre todo, la consideración de Luis que hace que la respeten.

GENERAL ¿Quién te ha faltado?

LOLA Tu prima, nuestra prima; me ha visto en la playa y no se ha dignado saludarme. Es una estúpida.

GENERAL Gracias en nombre de la familia.

LOLA ¡Qué se habrá figurado por ser condesa! Por ella y por otras iguales tengo gana de volver á Madrid, publicar mi casamiento y achicarlas con mis entorchados.

GENERAL ¿Tus entorchados?

LOLA Los tuyos. Y con mi..... mi..... (Se detiene como no atreviéndose á decir la palabra.)

TERESA (Ayudándola á acabar.) Su coche.

GENERAL ¿Su coche?

TERESA El de usted también.

GENERAL Cuando lo tenga.

TERESA Que será en seguida. Lola venía diciéndomelo. Pero no se atrevía á proponérselo á usted directamente y me ha encargado.....

GENERAL De esa embajada.

TERESA Precisamente.

GENERAL Te he dicho que no puede ser. Te daré las razones.

LOLA Y si lo que pido es coche y no razones.

TERESA (A LUIS, con quien habla aparte.) Nada. No admito réplicas: decidido el viaje.

LOLA ¿Ves? Ese es más complaciente que tú.

GENERAL O ella más terca.

LOLA Pues no quiero ser menos ni en eso. (LUIS y el GENERAL se reunen á un lado. LOLA y TERESA á otro.)

GENERAL (A LUIS aparte.) ¿Has consentido?

LUIS Jamás.

GENERAL Yo tampoco.

TERESA (A LOLA aparte.) Acósale, y si no consiente te escapas.

LOLA ¡Escaparme! Estaría loca. He trabajado tres años mi empleo de generala y voy á dimitir á los veinte días?

GENERAL A LUIS.) Se nos imponen.

LUIS No hay forma de negarse cara á cara.

GENERAL ¡Qué vergüenza! Dos hombres como nosotros, asustados.

LUIS Sometidos como siervos á dos..... perdidas.

GENERAL No: á una. (Picado.)

LUIS ¿Cual de ellas?

GENERAL La tuya: la mía es diferente. Sobre todo, es mi mujer y no consiento reticencias injuriosas. (Alto.) ¡Vaya! Precisamente por eso voy á concederle coche y abono al teatro y todo.

LOLA (Volviéndose hacia el GENERAL al oirlo.) ¿Es cierto. maridito del alma?

GENERAL No, hija. Son figuras retóricas para que veas cómo defiendo tu posición.

LOLA (Enojada.) Pues mira, yo no quedo en ridículo, y como no me complazcas vas á hacer otra figura retórica.....

GENERAL ¿Me amenazas? (LOLA y el GENERAL continúan disputando en voz baja.)

LUIS (A TERESA.) No hay forma de tener á tu lado una hora de alegría.

TERESA ¡Pues si soy la mujer más alegre del mundo cuando se me complace!

LUIS Cierto. Pero dime, ¿te agradaría, en vez del viaje á París, un viaje á América?

TERESA ¿A América? ¿A la tierra de metal precioso, á California, al Perú, al Río de la Plata?

LUIS Eso después. Ahora á la isla de Cuba..... para vivir allí algún tiempo juntos los dos. Pediré un empleo: quizá lo tenga ya.

TERESA (Con desencanto.) ¡Ah! Me agradaría ir de viajera: pero de empleada pública.....

LUIS (Después de una breve vacilación.) Es ya preciso que conozcas mi situación. No me atrevía á declarártela; la he ocultado por delicadezas mal pagadas; hasta por egoismo, porque sé que ante tí una declaración de pobreza es un título de desprecio. Sábelo de una vez: me he arruinado completamente.

TERESA (Con incredulidad.) No tengas bromas pesadas. No dices la verdad.

LUIS Efectivamente; he debido decir: «me has arruinado.» No te engaño. Mira este papel. (Le da la carta que dió antes al GENERAL. TERESA la lee.)

LOLA (Al GENERAL, continuando su disputa.) ¡Pues no faltaba más! ¿He consentido en casarme con..... un trasto viejo, para andar á pié, para quedarme en generala de infantería?

GENERAL Voy viendo que eres de caballería. Pero yo te desmontaré.

LOLA (Separándose de él con una demostración de desprecio.) ¡Ea! Me voy á mi cuarto.

GENERAL A nuestro cuarto.

LOLA A mi cuarto. Tú te vas..... á paseo para pensar serenamente lo que te conviene.

GENERAL Sé lo que me conviene; no dejarme enganchar.

LOLA ¿Decidido?

GENERAL Decidido. (Se van. El GENERAL la sigue hablando con animación y enojo hasta que desaparecen de la escena.)

TERESA (Que habrá leído la carta durante el diálogo anterior.) ¡Conque es verdad! (Con decaimiento. Desde ahora, que conoce la ruina de LUIS, se muestra desabrida con él.)

LUIS ¿Te desconsuela? Sabe Dios que lo siento solamente por tí.

TERESA (Con intención.) Yo por tí.

LUIS Pero si vienes conmigo ¿qué me importa lo demás? Ahora mismo voy á avistar-

me con ese tirano negociante. Le ofreceré pagarle poco á poco para que me deje tranquilo. Aún podemos gozar de una felicidad desconocida para nosotros, la felicidad modesta.

TERESA Pero esa, ¿es posible? ¿Cómo?

LUIS Trabajando.

TERESA No sé trabajar.

LUIS Ni quiero que trabajes; trabajaré yo por ambos; el día por mí; la noche por tí: á todas horas, reservándome una para tus caricias. Sabré ganar lo necesario.

TERESA Y si para nosotros lo necesario es el lujo. Hemos matado esa felicidad modesta: tú por tu nacimiento: yo por mis costumbres.

LUIS Ya verás cómo no. Conque, convenido. Voy á ver al comerciante, que vive cerca, y arreglado con él este asunto, vuelvo en seguida. (Se va por el foro.)

ESCENA IV

TERESA.

(Al salir LUIS, TERESA vuelve la cabeza hacia él y extiende la mano como para llamarlo. Pero se arrepiente antes de hablar y le deja irse. Queda algún tiempo en la postura en que estaba, mirando al suelo y pensativa. Después se mueve con agitación nerviosa y ejecuta los detalles que el talento sugiera á la actriz para manifestar la situación de su ánimo; la duda, las vacilaciones y los sentimientos y deseos opuestos que la combaten. Cuando lo juzgue conveniente empieza á hablar, con las inflexiones y pausas apropiadas al caso.) No me hallo bien. Siento así..... como fastidio: más que eso, tristeza..... Está arruinado..... Sí: hay algo que me entristece. ¿Su situación ó la mía? La suya, indudablemente la suya. El pobrecillo me quiere mucho. Dema-

siado, demasiado para él..... y para mí. Porque si me quisiera menos, si ya se hubiera aburrido, yo tendría derecho para cualquier cosa. Pero haberle despojado de todo, de posición, de riqueza, hasta de familia, y ahora despojarle también de lo único que le consuela en su soledad, de mi cariño, ¡ah! eso es cruel, criminal..... es decir, *sería* criminal porque..... yo no lo hago. Merecería que me matara. No tengo el corazón tan malo ó el valor tan grande: no me atrevo. (Pausa.) Me iría con él á Cuba. Mejor dicho, me iré; debo irme. (Pausa. Se sonríe como acariciando un plan agradable, una idea consoladora y alegre.) Pasaría quizá por su mujer legítima: ¡como otras muchas! A luengas tierras luengas mentiras! ¡El matrimonio!.... Cierto: ¡un matrimonio..... sin bendición! ¡Un pecado! Uno más. ¡He cometido tantos! Y entonces la vida del hogar: la compañía del alma: compañía que no he sentido nunca, porque vivir entre todos es no vivir con nadie, y siempre estoy sola como si viviera entre pájaros que cantan, y perros que acarician pero no acompañan! Y después..... (Pausa, y otra vez alegría como saboreando un placer desconocido.) Después quizá los hijos. ¡Los hijos! El placer de los placeres. El amor sin carne. Querer por querer. Ser querida sin ser deseada, adornada ó con harapos, rica ó pobre, joven ó vieja, hermosa ó fea, ¡y siendo madre, más cuando pobre y más cuando vieja! (Transición y desencanto como presintiendo una idea horrorosa.) Pero si yo fuera madre, ¿qué hijo sería capaz de llamármelo á boca llena? ¡Ah! No. ¡Hijos, no! (Pausa.) Pero el respeto ajeno, el reposo

de la vida, que no espera más ni tampoco teme nada. Juventud serena;.... y también serena vejez. Porque ahora vamos bien, mientras haya dinero, fiestas, vinos, juegos, luces. Pero cuando se apague la última luz de la orgía y la casa quede á obscuras, en la soledad de la alcoba, con la lámpara mortecina, en la cama sobrada y fría como estanque helado..... ¡Qué miedo! Por eso la vejez es el desquite de la mujeres honradas. Ellas nunca son viejas: siempre son las esposas, como el árbol que ha dado su fruto y sigue en pié y reverdecido con sus hojas permanentes. Nosotras, ¿qué somos? (Cogiendo una flor que lleva en el pecho.) Esta flor que ha dado su aroma: se marchita y..... ¡á la basura! (Tirando la flor al suelo.) Y entonces Luis no me querrá, me dejará y seré una miserable, tal vez una mendiga, ni siquiera compadecida, con la buhardilla cuando sana, el hospital cuando enferma, el hoyo común cuando muerta! (Con terror.) ¡Ah, no! ¡Vieja tampoco! (Pausa breve, y después dice como para tranquilizarse.) Pero la vejez tarda mucho: camina despacio. (Reflexionando.) ¿Despacio? Cuando se la mira desde abajo al subir la cuesta: deprisa, cuando se dobla la cima y vamos bajando. (Pausa breve, y como para tranquilizarse otra vez.) Pero ¡bah! soy muy joven. Y entre tanto puedo vivir tranquila, señora de mi hogar; lejos de estas alegrías falsas de la vida borracha que no pasan de los ojos y dan náuseas por dentro. Compartiendo con Luis sus trabajos, nuestros trabajos. (Nueva pausa.) ¡Trabajo..... yo! ¿Y por qué no? Otras lo han emprendido. El trabajo es alegre y her-

moso..... (Nueva reflexión.) Sí, ¡qué hermoso para hacerse un palacio! pero ¡qué duro para hacerse un pan! ¡Trabajar para seguir pobre, para sentir hambre!.... El hambre es lo que menos me asusta. La recibo como á antigua amiga: fué mi compañera de la niñez. La que temo es el hambre de lo que no alimenta el estómago, sino los ojos, sino la vanidad; lo que uno se come para que se le indigeste á los demás, el lujo, las telas, los coches, los brillantes: ¡los quiero más porque los he conocido más tarde! ¡Y todo eso se va, se me va! Y en vez de los viajes de recreo el viaje de América, el país del sudor del rostro, del trabajo del negro. (Con rapidez y decisión.) No: ¡imposible! para hacerme negra.... tengo las manos demasiado blancas! Además, Luis me ha elegido para su entretenimiento como un juguete y nadie lleva á las jornadas de fatiga un caballito de regalo. ¡Bonita me pondré, digo me *pondría* yo, cosiendo para ahorrar, andando á pié con aquel calor, sin trapos, que son la lisonja de la vista; sin adoradores, que son la lisonja del rostro, y sin rivales, que son la lisonja del alma! Si á lo menos fuera su mujer propia, tendríamos, él derecho para exigírmelo, yo obligación de sacrificarme. Pero las mujeres de placer..... (Con decisión.) para los placeres: ahí acaba mi obligación. (Llamando á la doncella.) ¡Tula!....

ESCENA V

TERESA.—TULA: por el foro.

TERESA ¿Dónde está Lord Raymond?

TULA Bajo el toldo de la terraza tomando la brisa y el desayuno.

TERESA Ese no toma el calor de Cuba ni las privaciones de la pobreza. Sabe vivir.

TULA Con su dinero cualquiera sabe vivir

TERESA Tienes razón..... (Después de vacilar un instante.) Llámale de parte mía. (TULA se dispone á salir. TERESA la detiene diciendo:) Espera. (Nueva vacilación.) ¡Es una crueldad! No, no le llames.

TULA Está bien. (Se dispone á salir otra vez y otra vez la detiene TERESA.)

TERESA ¡Qué obediente estás hoy! No andes tan deprisa. Dile que..... estoy sola: pero como cosa tuya. ¿Entiendes? Como cosa tuya.

TULA Mejor: así me regalará, como otras veces, alguna libra esterlina.

TERESA ¿Luego le has avisado lo mismo otras veces?

TULA Perdóneme usted. ¡Pero las libras esterlinas son tan bonitas!

TERESA Sí, que seducen!

TULA Y valen más que las monedas de cinco duros españolas.

TERESA Mucho más: como que las españolas se nos han acabado! (Decidiéndose de nuevo.) Pues anda.

TULA Volando.

TERESA Espera un instante.

TULA ¿Otra vez? ¿En qué quedamos?

TERESA En que no sé qué hacer. Oye, hija, tú que me quieres, dime ¿qué hago?

TULA — Lo que siempre y no le ha ido tan mal. La señorita no necesita de mis consejos.

TERESA — Tira al aire una moneda. A cara ó cruz.

TULA — ¿Va usted á jugarse al señorito Luis á cara ó cruz?

TERESA — Y puede darse por contento, porque á ser otro lo hubiera perdido sin jugarlo siquiera. (Aparece LUIS por el foro.)

TULA — Pues entonces está perdido. (Aparte al irse.) ¡Ea! Yo aviso al inglés por mi cuenta. (Se va por el foro.)

ESCENA VI

TERESA.—LUIS.

LUIS — (Con alegría.) Todo queda arreglado.

TERESA — ¿Qué?

LUIS — Lo de la maldita letra. El banquero consiente en aceptar pagarés que se cobrará mensualmente de mis sueldos.

TERESA — ¿Ha consentido? Esos banqueros sentimentales no están bien con su dinero.

LUIS — Y para ello he tenido que acudir á poderosas recomendaciones, como si se tratara de un personaje. Pero el dinero puede mucho.

TERESA — (Como respondiendo á sus ideas propias.) Puede mucho!

LUIS — El soberano del mundo. Rey y Papa porque hasta absuelve pecados.

TERESA — ¿Tú mismo dices que los absuelve?

LUIS — La condenación de la sociedad no alcanza al pecado rico. Hurta un duro y encontrarás un juez. Hurta un millón de duros y encontrarás otro millón de aduladores.

TERESA — Vienes inspirado. ¡No sabes cuánto!

LUIS De modo que nos embarcaremos pronto. No vas á París, ¡pobrecilla! Pero, en fin, hago lo que puedo.

TERESA ¿Persistes en ese viaje?

LUIS No tengo otra salida: el trabajo. Ya ves si será duro para quien no ha hecho nada en toda su vida de ocio y de alegría!

TERESA Sí, será duro!

LUIS Ya ves si admitirá con gusto la escasez quien ha derrochado millones!

TERESA ¡Será muy triste! ¿Pero me privarás, es decir, nos privaremos de todo?

LUIS No se hacen milagros con mi paga futura. Cincuenta mil reales al año. No puedo obtener más, por no se cuáles dificultades de la ley.

TERESA ¡Cincuenta mil reales! Es bastante..... para cada mes.

LUIS Y de ellos habrá que restar dieciseis anuales que me obligo á pagar al comerciante.

TERESA Quedan treinta y cuatro para un año. Me los he gastado muchas veces en un solo día.

LUIS Y yo me los he jugado en un minuto. ¡Para qué acordarnos de lo pasado! Tratemos de lo presente. ¿Conque cuando empiezas tus preparativos?

TERESA (Con frialdad.) ¿Tan de prisa? Ya hablaremos de eso.

(Pausa. LUIS empieza á desconfiar y dice mirando á la cara á TERESA:)

LUIS ¿Parece que te duele venir conmigo?

TERESA Ir contigo, no. ¡Pero ir á la pobreza!....

LUIS Hay que sacrificarse.

TERESA Comprenderás que no es divertido.

LUIS El cariño suple á la riqueza. Queriéndome debes venir contenta.

TERESA Bastante *sería* ir resignada.

LUIS *¿Sería?* ¿Por qué no dices *es*? (Breve pausa.

TERESA está distraida y como molestada. LUIS le busca la mirada y ella la vuelve como esquivando la contestación. LUIS entonces dice:) Responde.

TERESA ¿He dicho *sería*? Hijo, no sé mucha gramática.

LUIS Teresa, tú me engañas.

TERESA (Más esquiva cada vez y apartándose de LUIS.) Vamos, déjame ahora.

LUIS Eres una mujer indigna.

TERESA Todavía no lo soy. Lo *sería*. ¿Ves?: tampoco tú sabes gramática.

LUIS (Con enojo creciente.) Mira, si después de haberme arruinado por tí..... (Movimiento de enojo en TERESA. LUIS sigue con más fuerza.) Sí, por tí;—te negaras á seguirme.....

TERESA ¿Qué sucedería?

LUIS Tú me conoces; soy violento, irascible.....

TERESA No me amenaces en estos momentos. No sabes lo que haces.

LUIS Porque empiezo á saber lo que piensas.

TERESA Estoy en una mala hora. Respétala ó déjala pasar. Quiero con la misma facilidad que olvido. Tú me conoces también. En mi cuarto de hora de pasión daría por tí mi vida: diez minutos después, no daría nada por la tuya. Ya ves si soy franca. Conque déjame, y sobre todo, no me maltrates.

LUIS ¿Llamas franqueza al impudor?

TERESA ¿Preferirías que te engañara con todo pudor? ¿Buscabas en mí una mujer juiciosa? Si lo fuera ¿sería tu amante? ¿Una mujer casera? A tener tal vocación hubiera vivido con un buen esposo en una mala buhardilla.

LUIS Teresa, estás descubriendo demasiado tu mal corazón.

TERESA Porque tu mala lengua está tirándome de él. ¿Tienes acaso derecho para maltratarme?

LUIS ¿Y no tienes obligaciones conmigo?

TERESA No me hables de obligación, porque supone contrato y eso me agravia y me enciende más.

LUIS No hablo de eso. Pero me has jurado fidelidad.

TERESA Exígela á quien la jura ante el altar, no á quien la promete en la crápula. Eso no es juramento de fidelidad, sino programa de diversión; y bastante tiempo te he divertido.

LUIS No recuerdes lo pasado, «porque desespera más que no alcanzar la dicha deseada, perder la cogida entre los brazos. (Con gran pasión.) Otros que no los míos sentirán por sus nervios el placer que tiembla bajo la carga hermosa de tu cabeza. Otras manos acariciarán tus cabellos que tantas veces, por juntos, me parecieron míos.» ¡No, no me recuerdes lo pasado, porque de él vienen aires cálidos que me abrasan la sangre y me enloquecen el juicio!

TERESA Pues no todos han tenido igual fortuna. Contentate con ella.

LUIS Bien; no te obligarán los deberes: el pacto de dos impurezas no tiene validez. No te obligará el amor del insensato que ha entregado su corazón, su pensamiento y su vida á quien debía entregar solamente las horas de pasatiempo. No te obligará la gratitud de los favores recibidos; nada que sea honrado, ó digno ó alto. Te obligará lo material, lo grosero, lo bajo como tú. Las víboras se escurren entre los dedos, pero las agarrota bien la tenaza. ¿No puede contigo la pasión que rinde á la mujer? Pues valga el instinto brutal de la fiera que muerde y sacude á la hembra que

se le resiste. ¡Estás pagada, vendida: cumple tu servidumbre ó te la haré cumplir á latigazos!

TERESA ¿Vendida? (Con tono de amenaza.) No hablemos de ventas.

LUIS ¿Pues de qué he de hablar con quien no estima su hermosura, sino por el precio que le produce?

TERESA ¿Y lo dices tú? ¡Tú! ¿Por qué te casaste con tu mujer? ¡Te espanta que se haga pagar un vicio, y te hiciste pagar un Sacramento!

LUIS ¡Ah, miserable! (La ase con ira de un brazo.)

TERESA (Con miedo.) ¡A una mujer! ¡Te ensañas conmigo, cobarde!

LUIS ¡Calla, ó te ahogo aquí mismo! (Cogiéndola por el cuello.)

ESCENA VII

DICHOS.—LORD RAYMOND que se presenta en la puerta del foro. Al ver que TERESA y LUIS están riñendo, se queda parado tranquilamente. LUIS deja á TERESA al ver á RAYMOND.

LORD (A TERESA.) Me han dicho que me llamaba usted ha cinco minutos.

TERESA (Con viveza.) Era mentira entonces. Ahora le estaba llamando con todo mi corazón.

LORD Por eso no lo he oído ahora. Me refiero á la otra llamada.

TERESA (Al LORD.) Cuento con su protección. Me acompaña usted á pasear á caballo.

LORD ¿Me corresponde la escolta? Con mucho gusto. ¿Y hasta dónde?

TERESA Quizá pasemos la frontera. Luis no puede.

LUIS ¡Quieres que te mate! (Intenta acometerla. TERESA huye y se pone al amparo de LORD RAYMOND, que la coge de la mano y se coloca delante de ella para defenderla, diciendo:)

LORD No tenga miedo: queda bajo el pabellón inglés. (LORD RAYMOND saca una cartera del bolsillo y dice á TERESA, haciendo ademán de entregársela.) Pague usted su cuenta del hotel.

TERESA (Rechazándola.) No lo necesito.

LUIS (Se interpone y toma la cartera de manos del LORD y dice á TERESA:) Toma ese dinero. Yo no tengo ya ninguno que darte. (Arroja á TERESA la cartera, que cae al suelo.)

TERESA (Saliendo y mirando con desprecio á LUIS.) ¡Imbéciles!.... ¡Nos quitan hasta el remordimiento de engañarlos! (Se va por el foro.)

LORD (Recogiendo del suelo tranquilamente la cartera después de irse TERESA.) Sería mucha esplendidez tirar tanto dinero..... si fuera propio.

LUIS En cuanto á usted, milord, la trata como merece, y me reiría si entre usted y ella no estuviera mi corazón que recibe esa ofensa. Necesito explicaciones.

LORD Me disponía á dárselas en el acto. Pero en rigor, ¿busca usted una explicación ó un duelo?

LUIS Quiero ambas cosas; pero si ha de ser una sola, el duelo.

LORD Para quererlo, basta una voluntad; para reñir, se necesitan dos, y nunca me bato sin motivo.

LUIS Lo tengo yo.

LORD ¿Contra mí que la favorezco? (Por TERESA.)

LUIS Contra ella.

LORD Pues bátase usted con ella.

LUIS Basta de burlas, milord. En España tenemos otras costumbres. El hombre es responsable de los agravios que hace la mujer.

LORD También en Inglaterra, cuando la mujer..... es mujer.

LUIS Además, usted me la roba con traición.

LORD Con traición, no. No oculto la mercancía

como ratero que la hurta: me la llevo, mostrándola como comprador que la paga.

LUIS ¿Qué quiere usted decir? ¿Que esa mujer no merece que dos caballeros se batan por ella? Concedido. Será ceguedad, será desatino, lo que se quiera; pero es pasión, y contra la pasión no hay razones. La tomo porque la necesito; no me la llevan, porque no quiero.

LORD ¿Y si ella quiere?

LUIS Yo no lo consiento. ¿Soy loco? ¡Pues loco! No discuto, ¡acometo! ¿No hay buen modo de hacerle entender cuánto le aborrezco?

LORD Tiene usted buen modo, si yo quisiera entender. En otra ocasión, una sola, no una, media palabra de las que ha dicho, me hubiera sobrado para batirme, porque me importa poco mi vida..... y menos la de los demás. Pero no sea tonto, bastante lo ha sido ya.

LUIS ¿Usted se ha propuesto humillarme con lecciones de cordura? Aunque las necesite de todos, no las acepto de nadie.

LORD ¿Y ha decidido inventar ese pretexto para batirse? Pero yo he decidido no dárselo.

LUIS Bien; será razón, ó será pretexto, ó ni pretexto ni razón; lo que guste: desahogo de la ira que le tengo. O se bate ó le azoto la cara aquí mismo. (Se dirige á él amenazadoramente.)

LORD (Friamente.) Ni aquí ni en ninguna parte. Le sujetaré con mis puños. (LUIS va á acometer á LORD RAYMOND, y éste le coge ambas muñecas con sus manos, y le deja sin movimiento.)

LUIS (Colérico.) ¡Es usted muy cobarde!

LORD (Siempre sereno.) No: muy fuerte. Las pasiones no me han debilitado como á usted. (Pausa breve.) ¿Merece Teresa el honor de

matarse por ella? Vea usted cómo se interesa por nuestras vidas. Nos deja aquí frente á frente con nuestros rencores y se va tranquilamente, cuando debe temer que habíamos de venir á las manos, que podíamos matarnos. ¡Sabe que siempre ha de quedarle vivo uno de los dos! Créame usted, amigo mío, estas señoritas dan dos grandes placeres: uno cuando se las ve venir: otro cuando se las ve marchar. Como es tan mudable, ignoro aún si cuento definitivamente con ella. Voy á inquirir su voluntad durante el paseo, y si persiste me la llevo á París.

LUIS No lo permitiré.

LORD A mí sí.

LUIS A ella no.

LORD Los ingleses somos muy respetuosos con la independencia ajena..... cuando no podemos vencerla. Si no cuento con la voluntad de Teresa, la respetaré: pero si cuento, la haré respetar. No sé si me explico, porque no conozco bien el idioma. (Saluda ceremoniosamente y se va.)

ESCENA VIII

LUIS.—Después el GENERAL.

LUIS Arruinado: sin hogar legítimo, ni ilegítimo; deshonrado y casi en camino de la cárcel. Y ni aún puedo hallar una muerte consoladora porque un hombre sereno me la niega! ¡Qué degradación y qué vergüenza! De aquellas en que el revólver se dispara solo, para convertir al hombre en asesino ó en suicida!

GENERAL (Entrando por el foro.) Luis, ¡qué error y qué

horror! He sostenido una nueva pelotera: nueva no, la misma continuada. ¡Me ha llamado otra vez trasto viejo!

LUIS ¿Y qué has hecho?

GENERAL ¿Había de oir siempre ese insulto? Por no oirlo más..... he cedido: tendrá coche. Pero en adelante ya nos veremos.

LUIS ¡Al fin de mala ralea! Te abandonará como Teresa á mí.

GENERAL No me abandonará, no. Nos castigan, á tí huyéndose, á mí pegándoseme. (Saca una carta y la entrega á LUIS.) Toma: estamos condenados, tú á destierro: yo á más: á cadena perpétua con centinela de vista.

LUIS ¡Carta de mi mujer! ¿á tí?

GENERAL Acabo de recibirla.

LUIS (Leyendo.) «Querido amigo: ahí va la credencial para Luis. El ministro ha tenido la delicadeza de enviársela por mi conducto. Es mi venganza. Le ayudo á ir lejos porque sé que irá solo. En los trabajos acompaña la mujer propia: la alquilada únicamente en la orgía. Dirá usted que puesto que siento celos, todavía le quiero. Le quiero, si; pero no se lo diga usted á nadie, porque el amor desgraciado avergüenza como si fuera un vicio. No me he consolado como otras mujeres: estoy condenada á amor perpétuo, y mis lágrimas salen por igual, de mi pena y de la que estará sufriendo ese pobre Luis mío!» (LUIS queda como avergonzado con la lectura.)

GENERAL ¡Pobre Luis mío! Esa es la contestación de la honradez á aquel «¡Teresa mía!» que oyó por el teléfono.

LUIS Esta, despreciada, me adora: aquélla, adorada, me ha encanallado!

ESCENA IX

DICHOS.—LOLA.—Después TERESA y LORD RAYMOND.

LOLA (Aparte al GENERAL.) Llévate á Luis para que no vea á Teresa. Se va á pasear con el inglés. Y esta noche á París.

GENERAL Lo sabemos. ¡Qué indignidad!

LOLA (Al GENERAL echándole los brazos al cuello y estrechándole con ellos con gran zalamería y cariño.) Yo no te abandonaré nunca, maridito mío, nunca. (Queda abrazada al GENERAL.)

LUIS (Al GENERAL.) Desconfía de halagos de serpiente. No te abraza, te enrosca. No te acaricia, te agarrota como la argolla al ajusticiado. Están vengadas nuestras víctimas. (TERESA ha aparecido un poco antes en la terraza asida del brazo del LORD: el GENERAL la ve en este momento y dice continuando la frase de LUIS:)

GENERAL ¡Y ahí va el angel exterminador! La vengadora. (LUIS, que no la había visto, se vuelve rápidamente á TERESA.)

LUIS ¡Ah! ¡Maldecida! No se irán sin que..... (Se dirige á TERESA para acometerla. El LORD quiere interponerse. TERESA se adelanta, levanta la fusta y con ella da á LUIS un latigazo, diciendo al mismo tiempo:)

TERESA ¡Atrás, imbécil! (Todo muy rápido.)

LUIS ¡Me ha cruzado la cara! ¡Yo la mato! (Intenta de nuevo acometerla, pero el GENERAL lo sujeta impidiéndole toda acción.)

GENERAL (A LUIS.) ¿Qué vas á hacer? Ese latigazo es tu castigo y tu despertador. ¡Te duele en la cara, pero te despierta el corazón! (Mientras el GENERAL dice las palabras anteriores, TERESA y el LORD echan á andar despacio y muy tranquilos. Ella va riéndose, y no desaparecen de la vista mientras no caiga el

TELÓN.)

FIN DE LA COMEDIA.